

LITERATURA DI CAMERA

Algunos espíritus delicados han insistido estos días en que se destierre del teatro el género chico para que el grande se desarrolle. Es una proposición que deja el ánimo suspeso. Ciertamente despojado un árbol de una de sus ramas las restantes se desenvuelven mejor, pero también es cierto que la amputación de un dedo no hace que los laterales crezcan desmesuradamente. Si la botánica, pues, parece justificar la atrevida iniciativa, la zoología la desautoriza por completo.

En esta duda cruel ¿de qué lugar la abundancia de precedentes, yo rotaría por ensayar el sistema: quizá de un solo tiro matásemos los dos géneros; y me permito opinar que con la muerte del teatro ganarían mucho el gusto estético y la cultura nacional.

Porque doy por supuesto que el género chico sea digno de su nombre por su insignificancia, la vulgaridad de sus asuntos y la faldedad y monotonía insostenibles de los tipos que crea y de las acciones en que los enreda. Pero ¡qué grandes cuestiones, qué ideas elevadas, qué sentimientos originales y exquisitos han encontrado su expresión en el género grande! Las obras más aplaudidas en estos últimos años, desde *Mariana* hasta *El Padre Juanico* ¡qué surgieron a ningún espíritu culto! ¿Qué mundos descubren? ¿Qué relaciones inesperadas establecen entre las ideas que constituyen nuestro tesoro intelectual? Convergamos en que también es este un género chico—chico en grande, si se quiere, pero chico al fin.—Los psicólogos suponen que el espíritu que elabora muchas ideas puede padecer una autointoxicación, como el organismo que produce demasiada úrea, por ejemplo. El género grande del teatro morirá el día menos pensado, autointoxicado por su propia insustentabilidad.

No; no está el remedio en amputar tal o cual miembro del teatro; puestos en ese trance quirúrgico sería lo mejor resolverse a dar la puntilla al teatro entero, forma literaria descriptiva, incapaz de servir ya los intereses, no digo de la élite, pero ni siquiera de la clase media intelectual; forma en la que nos imponen su estética de antropólogos las amas de cría y los militares sin graduación.

Hay que resolverse a plantear la cuestión sinceramente, desdiciendo las sugerencias de una modesta ridicula y la amenaza de una mal entendida impopularidad. El hecho es que existe en nuestras sociedades un cierto número de gentes que, por su superior cultura, por lo más trabajado de su cerebro, difieren esencialmente del común de sus contemporáneos, viven en otro mundo, tienen aspiraciones, ideas y sentimientos diferentes, exigen de la obra artística sensaciones más refinadas y exquisitas y pretenden que ponga en juego los resortes superiores del espíritu, el ejercicio de los cuales es para ellos fuente de placer. El «gran público» es, va demasiado grande para congnar siendo uno. Hay, en rigor, dos públicos que radian de verse juntos y que se mantienen unidos por fatalidades de la evolución. Rómpanse de una vez la cubierta y viva cada una de las células formadas en su interior, vida independiente.

La música, emancipándose del «gran público», pudo realizar ese progreso asombroso que immortalizan los nombres de Haydn, Bach, Mozart y Beethoven; padeciendo bajo el poder de la masa semibárbara, la música no puede producir más que un Donizetti ó un Offenbach. La oportuna «separación de cuerpos» ha hecho posible una música di cámara, que representa lo que de más exquisito, refinado y culto puede producir el arte; las formas restantes quedan como propias para solaz estético de los espíritus poco musicales.

Es una verdadera desgracia para la dramática no haber imitado ese ejemplo. También hay literatura, y hasta pintura y escultura, que pudiéramos llamar di cámara; y presentar una de estas obras al «gran público» es como hacer que en una plaza de toros se ejecute música de Beethoven, de Shumann ó de Grieg. Así sucede, que cuanto la dramática produce de más intelectual, elevado y sugestivo, tiende a refugiarse en el libro para esperar en él la inteligencia superior que se deleite en su lectura. Ese camino han seguido *La vida es sueño*, de Calderón; *Hamlet*, de Shakespeare; *Brandt* y *El pato silvestre*, de Ibsen; *Cittá morta*, de Annunzio; no tardará en unirse a estas obras *La loca de la casa*, de Galdós. El teatro teatral lo formará una serie de obras en las que lo bufo y lo melodramático alternen en el poder y establezcan el turno pacífico de los partidos; escuela de mal gusto, cátedra de embrutecimiento donde para deleite de la plebe se excite los resortes más inferiores del espíritu, los más cercanos a la animalidad.

Se dirá que aristocratizando el teatro de esta suerte, se priva a la multitud de un gran elemento de cultura. Es un error: el teatro actual, sometido a la muchedumbre, no la educa; antes bien, permite que esa embriaguez a los autores y los rebaja a su nivel. Para educar a la multitud es necesario fragmentarla. Se puede domesticar cien leones tomándolos uno a uno; reunidos en manada, el domador no llegaría al fin de la primera lección. Donde quiera que la multitud se siente masa, se impone, y el autor dramático, si quiere triunfar, ha de entregarse esclavo de la multitud. Lo que llama Durkheim la presión social, se siente como en ninguna parte en el teatro, porque la acción del público es más directa. No habrá manera de hacer que progrese el gusto estético del «gran público» si no se le arranca de las manos el cetro ridículo con que ha querido adularle una democracia irreflexiva; si no se acaba con esa frase hecha de «el fallo supremo, inapelable, etc.»; si no se hace saber a ese público que no es tal juez, ni soberano, ni árbitro, ni nada; que no es sino un gran majadero, de cuya opinión se ríe todo hombre de alguna ilustración: un Sanchito que ha tomado en serio el gobierno de la insula literaria.

Por el contrario, la separación de cuerpos educaría el gusto literario como ha educado el musical. El número de aficionados a la música exquisita aumenta de día en día. Es que el espíritu siniesco de imitación, muy vivo en la plebe, como que constituyen esa plebe los antropólogos del hombre intelectual, lleva a los profanos al concierto, donde desmenuados, disueltos en la gran masa de los *diletanti*, desaparece su individualidad. Si fueran la mayoría, si formasen cuerpo, se darían el gusto de protestar a Schubert ó a Mozart. Pero se sienten débiles y se entregan: ven aplaudir, y aplauden por no hacer mal papel; algunos se duermen, muchos no vuelven más. Los que tienen valor para no ceder,

se encuentran al cabo de un par de años con la novedad de que sin darse cuenta se han ido aficionando y entienden lo que oyen. En fuerza de oír música escogida se ha ido formando en ellos el órgano capaz de saborearla; como en fuerza de sufrir la acción del sol, allá en los animales primitivos, se formaron manchas pigmentarias, primeros rudimentos de ojos, capaces de distinguir la oscuridad de la luz.

Créame D. Valentín Gómez, créame cuantos se interesen por el progreso del arte dramático. Para regenerar el teatro hay que prescindir del «gran público» en vez de ponerse a su nivel, y crear un teatro de altura. Si hoy no le alcanza la masa, mañana le alcanzará, y habrá ganado a un tiempo el público y la literatura. Obligadas a buscar su alimento en las copas de los árboles, las girafas estiraron el cuello, y hoy levantan airoosas la cabeza por encima de los animales más altos. Hubieran tenido el alimento al nivel de la hierba de los prados, y andarían con la cabeza baja, moviéndola a un lado y a otro como no sabiendo donde dejarla.

José VERDES MONTENEGRO.

Pólvora en las cuevas

Ved como se ha propagado la filosofía de la revolución. En el primer piso de la casa, en los dorados salones, las ideas, puede decirse que han sido iluminaciones de *soirée*, fuegos de artificio, se ha jugado con ellas y se las ha lanzado entre risas por las ventanas.

Recogidas en los entresuelos y en el piso bajo, llevadas a las tiendas, almacenes y oficinas, han encontrado en todos estos sitios, materiales combustibles, montones de madera reunidos durante largo tiempo y cádate que brotan grandes llamas. Parece que es aquello un principio de un incendio, porque las chimeneas suenan sordamente y al través de los vidrios se ven rojas claridades.

—No, dicen los vecinos del principal; buen cuidado tendrán los de abajo de no poner fuego a la casa: viven en ella como nosotros. Esos resplandores nada significan: ese fuego se extingue con un cántaro de agua...

¡Cuidado! En los sótanos de la casa hay fuego y en sus amplias y profundas bóvedas existe un almacén de pólvora.

H. TAINE.

LETRAS pasadas de moda

LOS MINEROS

- En sus entrañas amorosas lleva
La madre universal,
Escondidos tesoros que ambicionan
Los hombres, con afán.
- Útiles brazos, corazos brioso,
Fuerza y serenidad,
Necesita el minero que pretenda
El abismo explorar.
- ¡Títema labor!... A cada golpe
Que la piqueta da,
Le dicen resistencias formidables:
—¡De aquí no pasarás!
- Ya es la roca gigante que el diluvio
No consiguió arrastrar,
Ya el pozo mal oculto en las tinieblas,
O mortífero gas.
- A veces, por impulso misterioso,
Con estruendo infernal
Derrúmbase pedruzcos de la roca
Enorme y secular.
- A veces, se oye el vuelo de esas aves,
Que, entre ruinas, van
Exhalando gemidos lastimeros,
Y aman la oscuridad.
- A veces, por las grietas que abrió el agua
O el fuego de un volcán,
Y el sol del día y los nocturnos astros
Permiten contemplar,
- Penetran los relámpagos, y silba
Furioso vendaval,
Y el miedo, entonces, sus fantasmas crea
De aterradora faz.
- El minero no cede. Voz del alma
Le grita sin cesar:
—¡Adelante, adelante! ¡No vaciles!
¡Cava más!... ¡Cava más!
- «Más hondo es el abismo de los cielos,
Y el astrónomo andaz
Soles sin fin descubre, esos diamantes
De la alta inmensidad.
- «¡Avanza, y al sudor que te ennoblece
El hombre deberá
Bienes desconocidos en edades
Que ya no volverán!
- «El hierro, que hoy estrecha las naciones
Con lazo fraternal,
Y el pensamiento y la palabra esparce
Por aire, tierra y mar;
- «Y el sol, petrificado en negras masas
De rico mineral,
Que es fuerza, y alegría, y movimiento,
Aguardándote están.
- «Inmóvil y sin forma, en rudos bloques
Duerme la catedral,
Y la dormida estatua al genio espera;
El las despertará.
- «Sensibles respondiendo a quien las pulse
Un día vibrarán
De los duros pedruzcos arrancadas
Las fibras de metal;
- «Y de sus mismos átomos las tintas
El pintor sacará
Para vestir la espléndida hermosura
Que supo imaginar.
- «Si en sus arcos encierra el viejo monte
La riqueza fatal,
Que la hidrópica sed de la avaricia
Nunca puede aplacar,

«También guarda en sus senos olvidados el óbolo, que en pan Sabroso y abundante se convierte, Cuando el amor lo da.

«¡Oh del trabajo agotado atleta!
Lucha con fe tenaz;
Ni al ocio ni al temor la frente inclines;
¡Penetra más! ¡adán más!

«Abundando, como tú, los pensadores,
Mineros del ideal,
Entre peligros y tinieblas buscan
Bien, belleza y verdad.

«El sol del porvenir asoladoras
Lides no alumbrará;
Ciencia y arte a la vez han iniciado
Las guerras de la paz.»

VENTURA RUÍZ AGUILERA.
15 de Octubre de 1870.

El Padre Juan de Mariana, socialista colectivista

Cuatro años antes de que falleciera Vives, por los días en que éste publicaba en Brujas su opúsculo «de communione rerum», nació en Talavera de la Reina el gran historiador y economista Juan de Mariana (1). Estudió en Alcalá de Henares. Profesó temprano en la Compañía de Jesús. Enseñó con gran aceptación en la Universidad de París. Y pasó los últimos cincuenta años de su larga y provechosa vida en la ciudad de Toledo, escribiendo numerosas obras de historia, de economía, de política, de teología y de filosofía. Su patriotismo, tan ardiente como reflexivo, le dictó su monumental «Historia general de España», notable por el vasto y atrevido del plan y la nobleza del estilo, que hace de la versión románica de esta obra uno de los más autorizados modelos de la lengua castellana. En el último año de aquel siglo gigante, ilustrado por él, dió a luz su tratado de *Rege et Regni institutione* (2), el cual ha debido una parte de su celebridad a su innegable mérito, pero otra parte mayor a un decreto del Parlamento de París, que después fuese quemado por mano de verdugo, como obra subversiva y demagógica, porque enseñaba la doctrina de la legitimidad del tiranicidio, no obstante que tal doctrina no era ninguna novedad, habiendo tenido frecuentes prosélitos y mantenedores en el mismo siglo y en los anteriores, desde Juan de Salisbury. Falleció en 1623, a los 87 años de edad, venerado por la santidad de su vida y la universalidad de su saber, no menos que por la entera proverbial de su carácter y su amor a la verdad y a la justicia, que fueron la pasión dominante de toda su vida.

En la citada obra de *Rege*, y con más especialidad en los capítulos VIII y XIII del libro III, el insigne talaverano ha hecho una crítica severa y valiente del estado social de su tiempo y trazado las líneas generales de una sociología que no carece de originalidad y que reclama con justo derecho su lugar en la historia de las doctrinas acerca de la propiedad territorial (3).

En su pensamiento, el «primitivo y más feliz de la humanidad ha sido la propiedad colectiva de las riquezas naturales, singularmente de la tierra (4). La propiedad individual nació hija de la codicia y de la rapina. «Es en nosotros—dice—un deber de humanidad tener a disposición de todos los bienes que Dios quiere fuesen comunes, ya que a todos los hombres entregó la tierra para que se sustentaran con sus frutos, y sólo la rabiosa codicia pudo acortar y acaparar para sí ese patrimonio divino, apropiándose los alimentos y las riquezas destinadas para todos los humanos.» De ese hecho se han engendrado en gran parte los males que afligen a los pueblos y las disensiones y turbulencias que los agitan. Para ponerles remedio no cree el libro español que sería camino una liquidación total de las riquezas, para distribuir las con igualdad entre los ciudadanos, pero tampoco transige con la desigualdad presente ni se inclina ante ella como si fuese mandamiento natural ó dogma religioso. No admite un Estado polizone, limitado al papel puramente negativo de garantizar la libertad de los ciudadanos y presenciar impasible sus luchas más que zoológicas por la existencia y por la riqueza, satisfecho con que se produzca el equilibrio, ó digase la armonía, en la sociedad por las mismas artes, desórdenes, combates y eliminaciones que en el mundo de los animales inferiores; para él, la Autoridad social debe intervenir con su acción reguladora en el gobierno económico de los hombres, en una triple dirección: 1.ª En la distribución de la riqueza natural y acaparamiento y uso de los capitales.—2.ª En la producción de los mantenimientos mediante la labor del suelo.—3.ª En la subsistencia de los desvalidos y menesterosos.

Según la teoría del prelozo jesuita, aun dividida la propiedad de todos por causa de la corrupción de la naturaleza humana, es conforme al derecho natural que esa propiedad no sea ocupada ó monopolizada entera por unos cuantos, sino que ha de reservarse una parte de ella para la comunidad. Adárgase el principio a esa ley de Dios, y no consisten, que uno se alicen con todas las riquezas y el poder, mientras que den otros por consecuencia, haya quienes carezcan de lo más preciso para su subsistencia al lado de otros ávidos de riquezas, no puede ser feliz ni gozar una paz duradera. Es fuerza guardar un esto cierta medida (*modus*), como quería Platón, fomentando la medianía, huyendo de aquellos dos extremos, igualmente viciosos. Lo exige el interés de la paz social, siendo cosa tan expuesta a disturbios el que oculte la república con muchos ciudadanos que no tengan qué comer.—Como se ve, el P. Mariana atribuye al poder público la facultad de poner a la adquisición y al dominio cuantas limitaciones juzgue necesarias para prevenir esas desigualdades que nacen del libre juego de los intereses individuales y que encierran a los vencidos en el dilema de morir de hambre ó sublevarse. Ya veremos cómo desarrollaron esta doctrina, desde el punto de vista de

(1) La fecha segura se ignora: antes de 16 de Febrero de 1596.
(2) *Joannis Mariana Hispani, s. Soc. Ies. de Rege et Regni institutione libri III. Ad Philippum III Hispanie Regem auctorem.*—Me valgo de la edición de Toledo, 1590, apud Petrum Rodericum, tip. Regium.
En nuestro siglo se han impreso, que yo sepa, tres ediciones en lengua castellana: 1.ª de 1851 y 1880, en la Biblioteca, con 61 páginas escritas por Balmes.
(3) Observa el Sr. P. y Margall que el P. Mariana se circunscribe a hablar de la propiedad territorial, única combatible no sólo en su origen, sino en sus derechos sucesivos y en sus frutos: los resultados: dejó a un lado e intacta la de los frutos del trabajo, legitimada y hasta exigida por la misma organización del hombre.—(*Obras del P. Juan de Mariana*, t. 1, discurso preliminar, pág. xi; apud Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira, 1851, Madrid, t. xxx.)
(4) (Inicio) nulli ambitus, nulli bellum fragores quietam vitam eorum hominum sollicitabant. Nonnulli rabida et fures avaritia divitiis beneficiis interceptat subigo somnia vendicant, aut si quidem aut.
Maliarum tunc contenti vivere cultu: Ne signare quidem, aut partiri limite campum Fas erant (P. Mariana, *ob. cit.*, lib. I, cap. I, pág. 17).
Este pasaje de las *Georgicas* virgilianas era muy socorrido y de obligada cita en aquellos tiempos: no falta en el *Tratado de Fr. Alonso de Castillo*; y pocos años después de Mariana lo retira a igual propósito Hugo Grocio en su magna obra de *jure belli et pacis*.

la propiedad territorial, los escritores españoles de la segunda mitad del siglo XVIII.

En cuanto al uso de la propiedad territorial privada, sometiolo Mariana a una condición estrecha por razón de abastos. No hallando bastantes los estímulos del interés individual para asegurar la provisión de los mercados y la prosperidad del país, idea para la agricultura un plan de socialismo del Estado, que quiere autorizar con el ejen de David y con la doctrina de Aristóteles (1). Según este sistema, en toda ciudad y villa ha de constituirse un magistrado especial que tenga la misión de inspeccionar los campos, con objeto de impedir que queden incultos ó que sean mal cultivados; a los labradores que se distinguen por el esmero y perfección de sus labores y que saquen de ellas más abundantes cosechas, se les premiará públicamente; y por el contrario, se castigará con multas, y hasta con la infamia a los negligentes y desidiaos que no beneficien del modo debido sus heredades, sobre todo, si no les obliga a ello la falta de recursos (2). En todo caso, la Administración pública se incautará de tales campos desentendidos y los someterá a un cultivo diligente, deduciendo del producto obtenido, además del costo de las labores, una tercera ó una cuarta parte de los frutos, la cual se aplicará al Tesoro nacional, ó bien se invertirá en objetos de utilidad pública de las respectivas localidades. A esto debería añadirse la repoblación de los montes y la canalización de las aguas fluviales, a fin de extender la agricultura de regadío, venciendo en lo posible la fatalidad del clima.

Es, pues, el arte de labrador para Mariana, algo así como un oficio público: la tierra, como manantial único de mantenimientos, se halla vinculada al bien de la colectividad, debiendo imponerse a la posesión de ella restricciones de tanto bulto, que equivalgan a una expropiación parcial y echaban por tierra el concepto del dominio quiritario que el renacimiento del derecho romano había puesto en boga en las escuelas. Poner el Estado ó el concejo en cultivo, a sus expensas, las tierras privadas que los dueños dejan sin labrar, cobrándose un 25 ó un 33 por 100 del producto líquido, es tanto como dar tales tierras en arriendo por propia autoridad, ó autorizar a cualquiera para que las ocupe, con obligación de satisfacer una parte de la renta al Estado y otra al dueño; y envuelve una expropiación por causa de utilidad pública con indemnización de una parte tan sólo del valor de lo expropiado. Más resuelto Lope de Zea, pocos años después de publicada la obra de Mariana, hacia depender la caducidad del derecho de propiedad, de la cesación del cultivo, ni más ni menos que en el sistema de la adripción, que expoundremos en la segunda parte de este libro (3).

Completa el esbozo de su sistema social el deber de asistencia que atribuye al Estado, y en el cual viene a identificar la función del derecho con la de la caridad, formulando proposiciones que envuelven lo que hemos llamado con un término moderno «caridad legal.»—«Es propio (dice) de la piedad y de la justicia amparar la miseria de los desvalidos y de los indigentes, criar a los huérfanos, auxiliar a los necesitados de socorro. Entre los oficios del soberano, el principal y más sublimado es éste. Y éste también el verdadero objeto de las riquezas, las cuales no deben destinarse al goce de uno, sino al provecho de muchos; no a la satisfacción de nuestro interés personal de una hora, sino a la realización de la justicia, que es eterna.» Con seguitos y todo, la tierra da lo bastante, aun en los años de más escasez, para que todos vivan; y no se padecerían hambrunas en el mundo si no se extremara ese monopolio y acaparamiento que pone a tantos ociosos y soberbios en aptitud y en tentación de consumir en cosas enteramente vanas lo que el pueblo necesita para su sustento; si los ricos obedeciesen al precepto divino, abriendo sus gavetas y sus trojes y poniéndolos en común para dar de comer a los hambrientos y desheredados. Lo primero que el príncipe debe tener en cuenta, tocante al alivio de la miseria y el socorro de la plebe, es esto: «que obligando a los acudados a derramar lo que amontonaron sin tasa, aquellos caudales se repartirían entre muchos y no faltaría a nadie el pan de cada día, que para todos se cria.» No habría mendigos, resplandecería más nuestra religión, si los ciudadanos emulasen en punto a liberalidad y beneficencia a los cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia, y aun a los judíos; pero las costumbres han ido de mal en peor, y pues la condición de discípulos de Cristo no nos mete lo bastante para que cumplamos voluntariamente aquel deber, es fuerza que el Estado nos obligue a ello, reduciendo el sustento de los pobres a una de tantas gradaciones en cada localidad; que el príncipe organice este servicio, destinando a él las rentas de la Iglesia, en lo cual no hará más sino restituirnos a sus verdaderos dueños y restaurar en el clero, con provecho de la religión, la sencillez de costumbres de los primitivos cristianos.

Mariana parece haberse adelantado a la novísima concepción que considera la ética como un orden social tanto por lo menos como del individuo; y por tal razón, si el dar limosna, ó dicho en otros términos, el distribuir la fortuna ó los provechos de ella no constituye para cada uno de nosotros ni deber jurídico, si no pasa efectivamente de ser una obligación moral, es que la moral no se encierra toda en el foro interior ni depende exclusivamente de la voluntad; es que admite, directa ó indirectamente, y se le debe aplicar, la acción coactiva del Estado.

JOAQUÍN COSTA.

Se comprende la derrota

Hablando de la catástrofe de nuestra marina en Santiago, dice así *El Mundo Naval Ilustrado*, cuya competencia en la materia nadie podrá negar.

«Hace poco más de un año visitamos al general Cervera en la Carraca y le dijimos:

—Parece que es usted el indicado por el cuerpo para el mando de la escuadra, si se declara la guerra.

—En tal caso—nos respondió—aceptaré, pero seguro de ir a un Trafalgar.

—¡Y cómo se evitaría ese desastre?

—Permitidme consumir antes cincuenta mil toneladas de carbón en maniobras y un millar de proyectiles en ejercicios. De no ser así, iremos a un Trafalgar. Acordados.

Y ahora preguntamos: ¿Cuántas toneladas y cuántos proyectiles permitieron

(1) Del primero dice que escribió entre los ciudadanos algunos que cuidasen no sólo de los granos, viñas y cultivos del patrimonio Real, sino también de los campos y rebanos de los estudios. Añade que también Aristóteles convence en esta idea.

(2) En este punto el P. Mariana coincide con el P. Pedro de Rivadeneira: «Tenga gran cuidado el príncipe que se entienda lo que la tierra le presta, si le trajo, si le quiere cultivar, favorezca a los que se esmeren en labrarla, mande castigar a los que fueren negligentes.» (*Tratado del Principio Cristiano*, parte II, capítulo II, ap. Biblioteca de Autores Españoles, t. LX, pág. 571.)—González de Celoroso admite a igual fin el estímulo de los premios, y también el uso de la fuerza, aunque lastimado preferible con mucho el primero. (*Memoria de la política necesaria*, etc., Valladolid, 1690, folio 25.)

(3) Lope de Zea, *Geografía política de Agricultura*, Madrid, 1816, parte 3.ª, folio 121 v.º—En la centuria siguiente el Marqués de Santa Cruz de Marcedón vuelve a la idea del P. Mariana, proponiendo que el público libre de su cuenta la tierra de los pobres que éstos no puedan poner en cultivo por falta de recursos, reteniendo de la cosecha un pequeño interés por el dinero anticipado. (*Tratado económico-político-monárquico*, Madrid, 1782, páginas 174-175.)

consumir a la escuadra de Cervera antes de su lucha con la norteamericana.

Preferimos guardar silencio.

Lo que sí consta, por propia confesión, es que la escuadra enemiga estuvo efectuando ejercicios de tiro al blanco durante un año casi diariamente, y consta también que desde el comienzo de las operaciones no han cesado un punto los bombardeos (incomprensibles ayer y explicables hoy) contra bohíos, casacas ó peñascos de la costa cubana, logrando así, aquellos cabos de cañón, el más alto grado de enseñanza y destreza. Añádase que dichos artilleros no eran aprendices, sino antiguos cabos de cañón de la Armada inglesa, contratados por los yankees con el haber de 10 libras esterlinas semanales, ó sea casi tanto como el sueldo de un contralmirante español.

Todo esto está muy bien, pero resulta inoportuno.

Esas cosas debieron haberse dicho por los marinos antes de ir a la catástrofe.

Tirar de la manata cuando la cosa ya no tiene remedio, resulta... inocente, por no darle peor calificativo.

CRÓNICA ALZA Y BAJA

El edificio de la Bolsa me inspira no sé que supersticioso terror. Nunca he penetrado en aquel suntuoso palacio; pero muchas veces al pasar por delante de sus muros, me he detenido a contemplarlo con la curiosidad que siempre sentimos en presencia de lo que nos parece misterioso. Por lo mismo que ignoro lo que pasa allí dentro, imagino verdaderos horrores: emboscadas iracioneras, mientras hábilmente fraguados, redes tejidas con hilos sutilísimos que forman invisibles mallas, entre las cuales, los confiados ó los torpes, quedan enredados «como inocentes pajarillos».

Imagino también que, tras de aquellas paredes, reina sin freno la codicia; que el hombre es allí, más que fuera, lobo para el hombre, y exaltado por mis propios pensamientos, hasta llevo a creer que quizás en el fondo de alguna cripta existe, como deidad tutelar del edificio, algún ídolo tan terrible como Moloch, esperando en aterrador reposo, las víctimas, que de seguro, no han de faltarle.

Contribuyen a dar verosimilitud a estas imaginaciones mías, las noticias que de cuando en cuando publican los periódicos, relativas a las dificultades que suele ofrecer la liquidación de fin de mes, ó a las maniobras de tales ócuales negociantes, ó a la quiebra de este agente, ó a la fuga de aquél, ó al redoblar de los combates, como, etc. Despreñábase de esas noticias tal vaho de deshorras, lágrimas y sangre, que el ánimo de los que no acertamos a elevarnos a la sublimidad de los negocios burstiales, miramos el edificio en que está instalada la Bolsa como si fuese el mayor y más peigroso garito, entre los muchos que, según es fama, funcionan en la villa y corte.

Digase lo que se quiera, la humanidad ha progresado mucho. En punto a juegos de azar, podemos estar tan orgullosos como en lo que se refiere a las artes que se relacionan con la guerra. De la taba, que fue, sin duda, el juego de los hombres primitivos, hasta el ingenioso mecanismo de la ruleta, hay la misma escala de progreso que entre el hacha de piedra del troglodita y el cañón de tiro rápido de los norteamericanos.

Hay quien sostiene que en la vida todo es juego: juego, el arte; juego, la política; juego, la guerra. Ya el padre Homero afirmaba que los dioses jugaban con las desdichas, combates y catástrofes de los mortales, y algunas veces se mezclaban con ellos para mayor diversión y regocijo. No faltan tampoco entre los modernos filósofos alguno que imagine el Universo como un *tapete verde* en donde la mano del azar mueve mundos, sociedades y hombres, como el jugador maneja los naipes de la baraja.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el hombre no satisfecho con los medios que desde antiguo contaba para jugar su dinero, ha convertido en «rueda de la fortuna» la sucesión continua de los acontecimientos humanos. El Alza y la Baja son como los dos grandes paños de esa colosal ruleta que se llama la Bolsa. El tiempo, impetuoso, fecundo en sorpresas, va sacando de la urna inagotable del porvenir, desastres y victorias, catástrofes y prosperidades, hambres y abundancias, crímenes y heroicidades. Todo ello se cotiza: los jugadores inclinados de día y de noche sobre la mesa del juego que nunca acaba, opan los giros de la rueda misteriosa que ha de arruinarlos ó de enriquecerlos.

La vida de estos jugadores del alza y de la baja es cien veces más angustiada que las de los tahurres de los circuitos elegantes ó de las auseabundadas chirlatas. El juego para éstos tiene sus treguas: el juego de la Bolsa es continuo, implacable. En unos cuantos minutos puede enriquecer ó aniquilar, dar la fortuna ó la miseria. En la Bolsa y fuera de ella, en la vigilia y en el sueño, en todas partes y en todos los momentos gravita amenazadora sobre la cabeza del bolsista la espada de Damocles.

«Compró ó vendió en Bolsa? Pues ya puede decir como Machuel que ha asesinado al sueño, ¿gana algunos centimos ó algunos enteros? Pues la ganancia no le da sosiego. De un momento a otro lo que es abundante lucro puede trocarse en miseria espantosa. (Un acontecimiento imprevisto en cualquier punto del globo, la quiebra de un banquero acudado, la maniobra tenebrosa de un sindicato, el atentado contra un monarca, el motín de una ciudad, el decreto de un ministro... pueden cambiar en pérdida espantosa la mal segura ganancia.

—Esto no es vivir, me decía no há mucho un jugador de Bolsa. Con mano febril cojo los periódicos de la mañana; en el tiempo que empleo en su lectura paso cien veces del temor a la esperan-



Gente nueva

Despojémonos por un instante de prejuicios y de aficiones políticas particulares. El tiempo realiza su obra á despecho de las voluntades humanas, y pasan las épocas, se extinguen los poderes, se arruinan las grandezas, y todas las excelencias terrenales se rinden más ó menos tardíamente bajo la abrumadora pesadumbre de la edad, sin que se logre nunca la ilusión de ver convertidos en eternos los imperios y en permanente la duración de los méritos personales.

Tiene todo lo humano sus períodos de crecimiento, de plenitud y de inevitable decadencia. Los verdores constantes no se dan en la vida, y el árbol robusto, al pasar de los años, arruga su tronco, pierde rafeos; sin saberlo, antes de morir, sin hojas, y en vano las auras primaverales sacuden las ramas secuetas que, faltas de jugo, tienen al fin que inclinarse mortecinas hacia la tierra, donde el hacha del leñador las hierre.

Si en todas las actividades de la existencia humana es indispensable la plenitud del vigor, en la política es aiente por modo más preciso su necesidad. La política es arte de hombres maduros; ni tan jóvenes que se arribaten, ni tan caducos que desfallezcan. Para dirigir las batallas, buenos son los generales muy experimentados; pero al frente de los cuerpos de ejército y mandando los batallones hacen falta jefes de vigor, capaces de unir sus bríos con los de la masa de soldados que, impelidos por la juventud y por el entusiasmo, mueren en la lucha con la vertiginosa intrepidez que facilita el triunfo.

Piensen muchos que gran parte de la evidente torpeza de la actual política española tiene por causa el cansancio, el desgaste de nuestros hombres públicos. Pasan los años y ellos quedan. Ruedan los tronos, estallan las revoluciones, surgen poderes novísimos, se derrumban después apenas erguidos, se restauran las instituciones que parecían derrotadas, se modifican las leyes, y los prestigios son siempre los de antaño. La transformación no toca á las personas, y en las Cortes, salvo algún caso particular, resuenan ahora las mismas voces elocuentes que enardecieron á nuestros padres, y en las esferas del Gobierno disponen las mismas inteligencias que hace seis lustros dirigían la vida oficial.

Así resulta que en la política española el papel más lucido es el de segundón. Perpetuándose en la notoriedad los sobresalientes, no queda el paso franco más que para los medianos, y se alejan de la vida pública muchos caracteres que acaso guardarían en germen la facultad de producir á su patria los beneficios de una regeneración ansiada por el país. La gente política nueva no brilla en ninguna parte; pero ¿no aparece porque no se la llama, ó no se la llama porque no existe?

Si careciésemos, en verdad, de gente nueva, culpa sería en término primero de los antiguos que no supieron preparar sucesores para sus empresas; pero si bien se mira, la falta mil veces lamentada de prestigios no discutidos ni probados es puramente teórica, porque cuando ni en qué ocasión se facilita el renuevo de que tan necesitada se halla la política española?

Aquí se premian más los años de servicio y las probadas sumisiones que el verdadero valer. Se cierra el paso á los que llegan y se envía siempre á la retaguardia y á la ociosidad de las guarniciones interiores, precisamente á quienes se encuentran mejor apercibidos para las contingencias y para las dificultades, y después cuando se agotaron los ímpetus juveniles, y los espíritus perdieron la virginidad del entusiasmo, sube el que sube más cargado de escepticismos que de iniciativas fecundas.

¿Que hay excepciones?... Las hay; pero nosotros lamentamos la falta de una regla general. Excepciones sí, las conocemos. Quien sigue de cerca á caudillos afortunados entra en el campamento cogido de la cola del caballo que monta el protector. Quien tiene andadura suficiente para reírse de conveniencias y para burlarse de obstáculos suele imponer su nombre. Pero ¿por qué pedir al favor y al atrevimiento lo que debiera conceder la justicia?

Bastante se ha hablado de los muchos hombres que consume la política francesa; pero en verdad que, mal por mal, preferible es el de que los personajes duren poco al de que se petrifiquen. Las flores duran el espacio de una mañana, pero son flores y tienen aroma y

vida; las momias duran siglos pero sólo sirven para perpetuar los restos de la muerte.

Las convulsiones de la política francesa dan ocasión á que las iniciativas se renueven, y así puede ocurrir que imprima dirección al gran pueblo un hombre como Hanotaux, joven, recién llegado casi al paleoque, y aún ocurre también que las grandes caídas de altos prestigios no amedrentan, porque al derrumbarse unas figuras, otras se elevan para continuar las realidades y no extinguir las esperanzas.

Si, la política en España no tiene hombres nuevos, y los necesita. No basta confiar en las ideas, porque ¿cómo poner estatuas macizas y hermosas sobre pedestales arruinados?

VICENTE RODRÍGUEZ.

¿Cemboráin

Ni un solo periódico (que sepamos al menos) se ha hecho eco de la inmoralidad cometida en la Diputación provincial de Madrid al nombrar ilegalmente varios empleados.

Nosotros, incansables en combatir inmoralidades, como ya iremos demostrando, preguntamos hoy al Sr. Cemboráin, con quien tantas consideraciones guarda la prensa:

¿Por qué no publica usted los nombres de los individuos que han trabajado en el Censo y la gratificación que han recibido, enfrente de los de aquellos que no han trabajado y han recibido veinte veces mayor gratificación?

¿Qué merienda de negros es esa Diputación que usted usufructúa desinteresadamente... por 5.000 duros de gastos de representación?

¿Y qué diputados son esos que le dejan á usted hacer mangas y capirotos de todo, unos por desdén, otros por ignorancia y otros porque les conviene?

Sr. Cemboráin: si ha creído usted que este periódico se llama VIDA NUEVA por capricho, ya se irá convenciendo de lo contrario. Se llama así (y esto se lo decimos en secreto) porque está decidido á que la hagan buena todos los organismos que hasta hoy la hicieron mala, y hasta pésima, como ese de usted.

Conque ¡joj! que asan carne y á Dios le va á arder el pelo.

CUATRO COSAS

Ahora estoy muy ocupado escribiendo una novela titulada Isla de Cuba; se venderá por entregas.

Hacienda por él descrita dice lo que es, y será, porque es cierto que á cien da; pero porque á cien mil quita.

Vi en unas elecciones de diputados, votar en diez secciones recitadas. De un concejal: «El que nace elector en España, es inmortal.»

Seis ministros discutieron problemas de la regencia, y entre todos no pudieron llegar á una inteligencia.

FELIX MÉNDEZ.

Triste oficio

El público debe saber que habiendo nosotros descubierto en Correos un robo de periódicos, que se verificaba sustrayendo paquetes que debían ir á provincias para nuestros corresponsales y suscriptores, el Correo, periódico ministerial, en vez de ponerse del lado de sus colegas robados, trata de disculpar al ladrón con excusas inadmisibles.

El hecho está probado y el ordenanza culpable entregado á los tribunales, y el periódico de cámara del Sr. Sagasta casi llega hasta á defender estas cosas que pasan bajo la administración liberal. ¿Qué vergüenza!—J.

Al Sr. Arzobispo de Sevilla

En circular á todos los párrocos, que ha sido teida en todas las iglesias, se la diócesis, el señor Arzobispo de Sevilla, con templado lenguaje y en términos á que la Iglesia, por lo general intransigente y dura, no está acostumbrada, ordena á los señores curas recomendar á sus feligreses no lean la VIDA NUEVA.

Hemos recibido este documento cuando ya el número presente estaba en prensa.

Los redactores de VIDA NUEVA han encargado á su ilustre compañero Eusebio Blasco que conteste á lo dicho en la circular del Sr. Arzobispo, y en el número próximo publicaremos la respuesta.—P.

Hombres globos

Larra, el gran Larra, resulta ahora en 1898 el escritor más de actualidad de cuantos escriben en España, y entre los artículos de aquel colosal ingenio viene como anillo al dedo el titulado «El hombre-globo».

No uno, sino varios hombres globos están inflando en estos momentos muchos españoles de buena fe. Con humo de papel de periódicos quemado se va inflando, inflando, y parece ya un coloso el general Polavieja.

Porque en Cuba vió claro, se le proclama estadista sin rival, hombre de Estado sin segundo, político eminente y esperanza de la patria.

No se ve que el libro mismo en que Polavieja dice lo que vió, lo que hizo y lo que anunció se patentizan muchas y graves faltas de esa supuesta esperanza de la patria.

Polavieja supo ver, pero no supo sacar consecuencias de lo por él visto.

Tuvo por indudable que Cuba se haría independiente; pero erró al creer que podríamos conservarla hasta que tuviese la isla cuatro ó cinco millones de habitantes.

Es cierto que anunció á varios ministros y personajes parte de lo que ha sucedido; pero también es verdad que Polavieja no hizo con tiempo que esos personajes y ministros cambiaran de sistema para evitar la pérdida de Cuba y la guerra con los Estados Unidos.

Es muy cómodo exclamar á posteriori.—Yo profeticé el mal y no se me hizo caso! Pero cuando se ocupa una posición tan alta como la de Polavieja, es necesario, para no pasar por falso profeta, predicar con el ejemplo.

Pues á pesar de estas y otras muchas consideraciones que omito, Polavieja, inflado, airoso, arrogante, se mece en los aires como un globo cautivo.

Falta cortar las amarras para que se eleve libremente por el espacio.

ROBERTO DE CASTROVIDO.

Artículos recibidos

La supresión del Jurado.—Antonio M. Comellas.—Consideraciones muy exactas sobre aquella institución. El sufragio al Jurado, según el autor, son margaritas... á nosotros los españoles.

En todas partes cuecen habas.—José Ganchia y Climent.—Tiene razón el Sr. Ganchia; en todos los órdenes es menester nueva vida; pero en ninguno tanto como en la primera enseñanza. Del maestro ha de partir principalmente la redención de nuestro pueblo.

Camino de la noche.—De un joven á un viejo joven.—Sentido artículo, cuyo autor se dirige á nuestro compañero Eusebio Blasco, asegurando que la apatía é indiferencia de los jóvenes nos lleva de cabeza á la noche sombría de la reacción.

Degenerados.—J. A. Galvaniato.—Se lamenta este señor, y no le falta razón para ello, de que la gente se ocupe sólo de acicalarse y de divertirse, en vez de preocuparse de nuestras desdichas. «Por fortuna—dice el Sr. Galvaniato—queda el pueblo, y él es quien nos salvará.»

La voz de la conciencia.—Ese Ernesto que á pesar de cometer tres crímenes no oye la voz de la conciencia, la habría de seguro sentido si hubiera escrito el artículo del Sr. A. C. P., ó no existe el remordimiento.

Bienvenida.—Ataúlfo.—Agradecemos mucho el cariño con que el Sr. Ataúlfo saluda la entrada de nuestro periódico «en el estadio de la prensa.» Creemos, con el articulista, que hace falta luchar mucho para conseguir que España acierte al cabo del camino de su prosperidad.

Las primeras rosas. L. Lapeyra Miranda. Cuenta.—Empieza en una guardilla y acaba en un cementerio... ¡Es tristísimo!

Apuntes para un libro. La judería en Mallorca. Andrés Barceló.—El autor del artículo ha encontrado en la Biblioteca de Mallorca unas actas inquisitoriales. Con tal motivo anuncia su propósito de escribir un libro acerca de la raza judía en las Baleares, y hace juiciosas consideraciones sobre las persecuciones que ha sufrido el pueblo deicida.

La infancia y el trabajo.—Eduardo Herranz.—Alega muchas razones y bien expuestas en favor de la infancia dedicada prematuramente á penosos trabajos.

Peral-Daza.—Carlos Llopió.—En esto de los submarinos y torpíes carecemos de competencia. Creemos además que no es bueno rechazar sistemáticamente tan prodigiosos inventos; pero es ocasionado á error ensalzarlos a priori. La opinión técnica es la que interesa.

Y muera el que no piense igual que pienso yo.—Santiago Galdames.—Aboga por la tolerancia con los carlistas, ensalza al diputado Llorens y se declara republicano.

La prensa y el carlismo.—Juan J. Roviralla.—La principal causa de que los carlistas sigan coaleando es la abolición de los fueros que el autor considera justa pero inhabil. La prensa, por falta de tino contribuye á que el carlismo tome aire.

La Universidad de Salamanca.—G. Romano Vela.—Elogios muy justos á la célebre escuela salmantina.

El juramento de Augustin.—Eduardo M. de la Cámara.—Calurosa defensa del Capitán general de Filipinas, alabanzas á su constancia y á su patriótico juramento.

El origen del mal y su remedio.—Alberto Balar.—Artículo muy patriótico en el que señala como origen de nuestros males el carácter apático de los españoles, y se excita á todos á que contribuyan con su esfuerzo á rehacer y salvar la patria.

Mi cuarto á espadas.—Vicente Suárez Casañ.—Es verdad, todos hemos puesto las manos en la cruzifixión de España y es muy justo y beneficioso que rectifiquemos errores en que hemos incurrido y aprovechemos de lo pasado lo que nunca enviejce.

Lujuria...—J. P. C.—Esas peticiones, Sr. P. C., deben hacerse en voz baja á la mujer amada. Así á grito y en verso asustan á las personas timoratas.

Plaza al hambre.—P. C.—Artículo terrible que pone el pelo de punta.

Los ferrocarriles

Los caminos de hierro del Norte de España representan un activo de 1.259 millones de pesetas.

Corresponden á esta Compañía las líneas siguientes: Del Norte, ramal de Alar.—De Alar á Santander.—De Zaragoza á Pamplona.—De Tudela á Bilbao.—De Barroeto.—De Villalba al Berrocal.—De Segovia á Medina.—De Villalba á Segovia.—De Tudela á Tarazona.—De Asturias á Galicia.—De Lérida á Reus.—De Villabona á Avilés.—De Selgua á Barbastró.—De Canfranc.—De San Juan de las Abadesas.—De Soto de Roy á Ciaño.—De Almansa á Valencia.—De Játiva á Alcoy.

El material móvil vale 81 millones de pesetas. El mobiliario y accopios, 15 millones de pesetas. El efectivo en caja y en poder de los banqueros, asciende á 31 millones de pesetas.

La Compañía expresada es dueña de las minas de Barroeto, que representan un capital de 3.500.000 pesetas. El capital social está representado por 490.000 ac-

ciones, de 475 pesetas, que importan 232 millones de pesetas.

Las obligaciones ascienden á 751.500.000 pesetas. El activo de la Compañía de Madrid á Zaragoza y Alicante asciende á pesetas 832.958.869,96, ó sean 427 millones menos que el de la Compañía del Norte, que es la más poderosa de España.

Esta Sociedad posee las líneas siguientes: De Madrid á Alicante.—De Madrid á Zaragoza.—De Alcazar á Ciudad Real.—De Albacete á Cartagena.—De Manzanares á Córdoba.—De Córdoba á Sevilla.—De Madrid á Badajoz.—De Aranjuez á Cuenca.—De Mérida á Sevilla.—De Valladolid á Ariza.—De Sevilla á Huelva (línea libre).—De Puente de Aljicén á Cáceres (idem).

Ramales. — Linares (idem). — Carmona (idem). El material móvil vale 12 millones de pesetas, ó sea 69 millones de pesetas menos que el del Norte.

Posee la Compañía las minas de la Reunión y del Guadalquivir y las de Belmez, que representan pesetas 9.500.000, y un crédito contra la Compañía de Taragona á Barcelona y Francia por 36 millones de pesetas, que es el que ha originado la suspensión de los pagos de esta última Sociedad.

La estación nueva de Madrid representa un valor de 8 millones de pesetas.

El efectivo en caja y en poder de banqueros asciende á 24 millones de pesetas.

El capital social está representado por 356.000 acciones de 475 pesetas, y las obligaciones ascienden á 442 millones de pesetas...

¡Parece mentira que con tanto dinero esté el público tan mal servido!—N.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Barcelona.—G. V.—Recibido telegrama. Servido pedido. Santa Cruz de Tenerife.—D. H.—Servido pedido. Málaga.—A. O.—Suscripto por un trimestre. Huesca.—E. V.—Recibida cantidad. Conformes. Fort Bou.—L. L.—Recibida carta. Hecha suscripción. Guadalupe.—I. A.—Baga pedido. Complicado en lo que pedía. Cartagena.—A. V.—Navas.—R. Z.—Conformes.

Logroño.—R. P.—Suscripto por un trimestre. Cáceres.—M. B.—Recibida letra y sellos. Conformes. Ocaña.—E. C.—Servido número que pedía. Puerto de Santa María.—I. C.—Recibido importe. Conformes. Valladolid.—L. de C.—Recibida letra. Queda suscripto. Se le envían los números atrasados. Ciudad Real.—F. H.—No se admite ya devolución. Se le hará el pedido que hace.

Palencia.—C. O.—Recibido importe. Conformes. Villanueva.—C. U.—Suscripto ese centro por un año. Envío importe en letra. Boros.—M. G.—Hechas suscripciones. Gracias por su interés. Alonsó.—M. L.—Hechas las cinco suscripciones. Gracias por sus propósitos y su trabajo.

Bilbao.—I. y C.—Recibida carta. Conformes. León.—A. R.—Recibido importe de la liquidación. Conformes. Salamanca.—I. B.—Recibida letra. Debe 50 céntimos. Cabra.—R. A.—Se le remitieron 10 ejemplares. Tarrasa.—M. G.—Se le enviaron 5. Valladolid.—C. G.—Conformes. Villares.—P. I.—Queda suscripto. Serredilla.—Se le remitieron 10 ejemplares. Mérida.—A. A.—Recibida letra. Conformes liquidación: debe 1,90 pesetas.

Orense.—M. M.—Recibida letra. Se le abona en cuenta. Se le remitieron ejemplares pedidos. Almansa.—F. L.—Recibida cantidad. Hecha liquidación resulta debiendo 3 pesetas que se le cargan en cuenta. San Sebastián.—F. M.—Desde este número se envía á Eibar el pedido que indica.

Murcia.—M. I.—Recibida tarjeta. Conformes. ¿Y nuestro encargado? Sevilla.—L. G.—Llegó. Se dará cuenta. La Unión.—A. R.—Hecho canjeo. Aguilar.—M. E.—Conformes.

Linares.—C. M.—Conformes. Servido número atrasado. Almería.—V. B.—Crac as por su propaganda. Cullera.—D. R.—Añadido en cuenta la cantidad que indica. San Sebastián.—V. de A.—Se sirve como pide. Gandía.—I. E.—Conformes. Puerto de Santa María.—I. C.—Hecho aumento pedido. Teruel.—M. y B.—Recibida cantidad.

Teruel.—M. y B.—Conformes. Ojón.—C. D.—Recibido importe. La Liza.—L. D.—Servido pedido. Ariza.—R. P.—Conformes. Teruel.—Se aumenta el pedido.

Los Sres. Corresponsales que reclaman á esta Administración, por haber recibido menos números de los que habían pedido, se servirán enviar la etiqueta de la faja, sin cuyo requisito no serán atendidas las reclamaciones.

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

Para la venta y publicidad en Paris dirigirse al BOULEVARD BEAUMARCHAIS, núm. 5

VIDA NUEVA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACTORES

Blasco (Eusebio), Blasco Ibáñez (Vicente), Cavia (Mariano), Fernández Villegas (Zeda) (Francisco), Jurado de la Parra (José), Lluria (Enrique), Nakens (José), Paris (Luis), Pérez Galdós (Benito), Picón (Jacinto O.), Sellés (Eugenio), Soriano (Rodrigo), Verdes Montenegro (José).

CONDICIONES GENERALES DE LA ADMINISTRACIÓN

- 1.º Sólo se concederá exclusiva de venta en las capitales de provincias, al corresponsal que por meses adelantados garantice á la Administración de VIDA NUEVA un pedido que no sea menor de 1.500 ejemplares semanales.
2.º Sólo se concederá exclusiva de venta en las poblaciones rurales y de pequeña importancia, al corresponsal que por meses adelantados garantice á la Administración de VIDA NUEVA un pedido que no sea menor de 250 ejemplares semanales.
3.º En los casos dudosos, la Administración se reserva el derecho de conceder la exclusiva de venta en una localidad, al corresponsal que estime más conveniente á los intereses de la Administración.
4.º No se sirven pedidos cuyo importe no se anticipa á la Administración.
5.º Los corresponsales que deseen tener cuenta corriente en esta Administración, deberán presentar referencias en Madrid á satisfacción de la Gerencia, estando obligados á satisfacer sus liquidaciones á fin de mes y correo vuelto.
6.º El retraso en una sola liquidación dará derecho á la Administración á suspender definitivamente toda relación con el corresponsal, sin perjuicio de reservarse todos los medios hábiles de hacer efectivos sus atrasos.
7.º No se admite el llamado cambio vuelta ó devolución de números de VIDA NUEVA, expedidos por la Administración.
8.º La certificación de paquetes para la Península y el franqueo de América, será por cuenta del destinatario.
9.º El importe de los pedidos, que deberá dirigirse, como toda la correspondencia, al Director, se hará con preferencia en letras sobre el Banco de España, Crédit Lyonnais ó del Giro postal.
10.º No se considerarán como recibidas las cantidades remitidas en sellos de correo que excedan de 2,50 pesetas.
11.º No se servirán pedidos que no vengan acompañados de su importe.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Table with 2 columns: Subscription type and price. Extranjero (Unión Postal), año... 10 francos. En Madrid, trimestre... 1,50 pesetas. Provincias, semestre... 3 ». Idem, año... 6 ». Mano de 25 ejemplares... 1,50 ». Número atrasado... 0,25 ».

PAGOS ANTICIPADOS Número suelto, 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN AGUSTÍN, 10

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Admitimos en esta sección anuncios telegráficos á los siguientes precios, por cada inserción y sin ningún género de descuentos: Por un anuncio de una á 15 palabras, una peseta. Por cada palabra más, veinte céntimos. Las abreviaturas se cuentan como una palabra, y toda cantidad numérica que exceda de cinco cifras, por dos palabras. Al importe de cada anuncio deberá añadirse 10 céntimos de peseta por el impuesto del Estado. Los que quieran publicar en VIDA NUEVA un anuncio telegráfico remitirán el texto á la Administración, San Agustín, 10, acompañando su importe en metálico, sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro con ocho días de anticipación á la fecha en que deba ser publicado.

N. B. Esta clase de anuncios es la más barata de todos los periódicos semanales de España.

Chocolates españoles. Marca COLÓN. Para encargos por mayor escribase: Lista de Correos. Cédula 32.246. Madrid.

EL MEDIO SOCIAL

LA PERFECTIBILIDAD DE LA SALUD POR EL DOCTOR D. ENRIQUE LLURIA Y DESPAU

PRIMERA PARTE Forma un volumen de 160 páginas, en que se expone con gran claridad y acierto la importante doctrina. Se vende en las principales librerías al precio de 2,50 pesetas, y á los suscriptores de VIDA NUEVA, pidiéndola á la Administración, se sirve con un 25 por 100 de rebaja.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO (45 FOLLETOS)

Cada folleto 15 céntimos. Para los lectores de VIDA NUEVA, 10. Se venden sueltos. La colección completa á provincias, franca de porte y certificado, 5 pesetas. Los pedidos á D. Pedro Mayoral, calle de Ruiz, 4, bajo, Madrid.

GRAND HOTEL

Calle de San Vicente, esquina á la plaza de la Reina (VALENCIA)

Este elegante y confortable establecimiento es continuación de la Fonda de España y está dirigido por M. José Cazalbon, antiguo gerente de la citada fonda. A pesar de las circunstancias anormales por que atraviesa el país, en el Grand Hotel rigen los mismos precios que regian en el de España.

La agencia «Foreign Press Office»

se encarga gratis de la compra de mercancías de Francia; representación y referencias en toda clase de asuntos financieros, litigiosos ú otros. Escribir al Director Boulevard Beaumarchais, 5, PARIS

DESTILERIA Á VAPOR

PARA LA FABRICACIÓN DE COGNACS, ANISADOS, GINEBRA Y LICORES DE TODAS CLASES

GRANDES BODEGAS

DE ADOLFO DE TORRES Y HERMANO MÁLAGA

Exportadores en GRAN ESCALA de pasas, higos, limones, uvas y toda clase de frutos secos y verdes del país

SUCURSAL EN MANZANARES (PROVINCIA DE CIUDAD REAL) FÁBRICA DE ALCOHOLES VINICOLAS LLAMADA

LA PERSEVERANCIA CALLE DE LAS MONJAS

Los Socialistas

Del Socialismo

Muchas gentes tienen por verdad incontrovertible que el socialismo se preocupa únicamente de los intereses materiales; es decir, que los socialistas aspiran no más que a fundar un régimen social en el cual las necesidades físicas de todos sean ampliamente satisfechas, mediante una nueva forma en la distribución de la riqueza. «Para los socialistas—se ha dicho—la cuestión social es sólo cuestión de estómago», atribuyendo a la frase al insignificante fundador del socialismo científico, a Carlos Marx.

Error. Quiere sí el socialismo llegar a una más equitativa distribución de la riqueza; en su sentir el núcleo de la cuestión social es la cuestión económica—*primo vivere, deinde philosophare*—pero ansía también satisfacer las necesidades intelectuales y morales, y procura despertar y estimular en todos esas necesidades.

En el terreno de los hechos, como habremos de ver, el socialismo trabaja, no sólo por mejorar las condiciones económicas, sino también por ensanchar la esfera individual de los gozos intelectuales y morales.

Para los socialistas el problema social es el problema del mejor y más equitativo reparto de la riqueza, pero es también el problema de la dignificación y de la liberación del espíritu por la ciencia, el problema de la felicidad, por el bienestar y por el arte, y el problema de la solidaridad, la sinceridad y el amor.

La ciencia ha enseñado a los socialistas que la religión, el arte, el derecho, la moral, la política, etc., son reflejo de la estructura económica de las sociedades; pero aun entendiendo esto, creen que cabe influir para modificar estos diversos aspectos del problema, que aspectos del problema social son los llamados problemas sociales.

Así, por ejemplo, las cuestiones de arte y de educación interesan a los socialistas, que procuran, en lo que pueden, hacer que la ciencia y el arte no sean patrimonio de unos cuantos.

Nada tampoco, como dicen otros, la cuestión social cuestión que sólo pueda interesar a los obreros que viven de su esfuerzo muscular.

Régimen el presente de dependencia económica, régimen en el que es imposible la verdadera libertad, tiene que ser un régimen de mentira y de fraude, y aunque sólo fuera considerando este aspecto de la cuestión, la cuestión social interesa a todos cuantos amen la verdad y la justicia sobre todas las cosas.

El arte y la ciencia son hoy objeto de tráfico. El arte es mercancía y la ciencia también lo es; revisándolo todos los caracteres de la mercancía (no le importa la cuestión social a quienes de veras amen y quieran cultivar uno y otra desinteresada y sinceramente).

Sí, el socialismo interesa a todos, pobres y ricos, obreros del cerebro y del músculo; el socialismo interesa a cuantos quieran ser libres, honrados y sinceros, a cuantos odien la mentira y la injusticia, a cuantos sufran con el espectáculo de la miseria más horrible como recompensa a los esfuerzos de los mejores, y el lujo, la ostentación, el derroche como recompensa a la ociosidad y a los vicios de los peores.

«La sujeción económica del proletariado—dice en su programa el partido socialista español—es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política.» Y como medio de acabar con esos males, tiene la aspiración siguiente:

«La transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social o común.

«(Se entiende por instrumentos de trabajo: la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital moneda, etc., etc.)

«La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando a todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión a los individuos de uno y otro sexo.

«La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad ó padecimiento.

«En suma: el ideal del partido socialista obrero es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.»

Tal aspiración a todos interesa, y al realizarla, si el socialismo pretende que los hombres vean cubiertas sus necesidades físicas, los desea libres é inteligentes.

No rebaña de hábitos quiere el socialismo que sea la sociedad, sino agrupación de hombres sinceros, cultos, amantes de todos sus semejantes, sea cualquiera su nacionalidad, raza ó color, y llenos de alegría por la dicha incomparable de vivir.

JUAN JOSÉ MORATO.

Sindicato de logreros

Entre el Sr. Sagasta, su apreciable familia y los diez ó doce personajes á quienes ha consultado el otro día, reunen de sueldos más de millón y medio.

Todos tienen altos destinos, cruces pensionadas, cesantías, gastos de representación, *consejerías* de ferrocarriles... ¡un horror!

La lista civil resulta una pequeñez comparada con lo que se comen todos esos que han venido á darle la puntilla al manso del país que todo lo aguenta.—B.

Fotografías á pluma

TIPOS DE PARIS

Joven, de fisonomía tan expresiva como simpática, vigoroso cual un atleta, dotado de facilísima comprensión y admirable golpe de vista, andaz en la realización de sus bien planeadas empresas, despréndese de su persona ese no sé qué, ese aire de distinción que ni se estudia ni se imita, que hace enloquecer á las mujeres y con el cual se consigue fácilmente la amistad de los hombres.

Vedle paseando por el boulevard, más tarde en la *Maison dorée*, luego en la Ópera, ya en su palquillo de *Olympia* ó en los puestecitos de *Folies Bergères*, muy elegante, contestando con amables sonrisas á los saludos que por todas partes recibe.

Vedle siempre comunicativo, sirviendo el plato del día que el escándalo pide en corrillo formado por amigos curiosos: nadie como él para estimular el apetito y gustos de cada cual con la sal y pimienta de intencionados chistes, ó para responder á inocentes preguntas con ingeniosos *calambours*.

Contemplad su apostura cuando hace galopar su inquietu yegua junto á elegantísimo *miord*, ó cuando, guiando cuatro *poneys*, conduce su *break* entre la infinidad de carruajes que frente al *Arc de l'Etoile* cruzan en opuestas direcciones, ya cuando sobre aparatoso lujosísimo *mail-coach* ofrece *foie-gras* y *champagne* á sus íntimos después de haber ganado el favorito *pur sang*, ó su *capitandú grand prix* en las carreras de *Longchamps*.

Creeríais era un *attaché* si en las fiestas del Eliseo vérais las placas extranjeras y la roseta de la Legión que ostenta sobre su bien cortado *smoking*; acaso le confundiríais con un aristócrata si os fijárais en la dulcorada corona incrustada en la tapa de su cronómetro ó en el blason que adorna las portezuelas del *landau*; imaginárais hallaros ante un nabab si, sentados á su mesa, os deslumbraran servicios de plata repujada, cinceladas licoreras, caprichosos papilleros, artísticos *porta-bouteaux*, teteras de oro y diminutas tazas de porcelana de Sévres, y si, apartando de allí la vista, observárais los tapices, los anchisimos cortinajes, todo el decorado del *hótel*, seguramente evocaríais cuentos de hadas, sueños de morfiómano, fantásticas narraciones de palacios surgidos al golpe de la varita de virtudes.

Y os habríais equivocado. Es el diplomático ni aristócrata; es el *boulevardier* de oficio, el elegante por necesidad... No es potentado; es el audaz por costumbre, el parásito del *demi-monde*.

Vive de la crápula, es el explotador del vicio, el amante que aprisiona, ya con caricias, ya brutalmente, á la *cocotte*; el vividor que lleva á su caja el dinero dado por tontos ó libertinos á cambio de besos; el galanteador á quien la *femme galante* se entrega en cuerpo y alma... Es además el tasador de esas mercancías ambulantes que se denominan *momentáneas*: *LE SUTENEUR*.

A. IBÁÑEZ DE ARGULLÓS.

Consulta pública

Contestación á 'Lepra frailuna,'

Lepra frailuna se titula un artículo que apareció en el 4.º número de *Vida Nueva*. Lo inexacto de las afirmaciones que en él se sientan como indiscutibles verdades, lo injusto de los juicios formulados, lo apasionado del fondo, lo vicio de la forma y lo gravísimo de las excitaciones que contiene son tales que justifican esta contestación en defensa de la verdad y la justicia, sentando desde el principio, que ni soy fraile, ni cura, ni tengo que ver nada con unos ni con otros.

En el artículo citado, se da como cosa sabida que la insurrección filipina no es otro carácter que el de un levantamiento contra los frailes. Sin duda, piensa su autor que los tagalos aman mucho al resto de los españoles; sin duda, para él, el plan de asesinar al Capitán General y á todas las autoridades, antes de atacar los conventos, según consta en las instrucciones dadas á los aliados por el *Consejo Supremo del Katipunan* en 12 de Junio de 1896, no es señal de que la rebelión fuera contra España; indudablemente el tener nombrado con anterioridad un Ministerio formado por Bonifacio, Plata, Jacinto, Rosario, Pantas y Pacheco, era porque no se trataba de escindir nuestra dominación; y por último, para que nadie dude que lo único correspondido en Filipinas era los frailes, y que dicho odio no iba contra el castillo, no se me ocurre nada más convincente que transcribir la segunda de las instrucciones ya citadas. Dice así:

«Segundo. Una vez dada la señal convenida de H. 22 B.ª, cada herm: cumplirá con el deber que esta «G. B.ª Log. le ha impuesto, asesinando á todos los españoles, sus mujeres é hijos, sin consideraciones de ningún género, de parentesco, amistad, gratitud, etc.»

Después de esto, será difícil que nadie sostenga que la insurrección filipina fué sólo un levantamiento contra los frailes. No soy yo, son los mismos insurrectos, *El Katipunan*, quien lo lega terminantemente.

Con el vigor que es característico en sus escritos hace el Sr. Blasco Ibañez—en el artículo que impugnamos—una breve pintura del tiránico régimen en que el fraile mantuvo al indio. No me más que unas cuantas pinzelladas, pero tales, que bastan y sobran para horrorizar á cualquiera... No tienen otro defecto sino que no reproducen con verdad lo que en Filipinas ocurre. Pensando que, por lo insignificante de mi personalidad, por estar tan distanciado en ideas del Sr. Blasco Ibañez, mis personales opiniones han de tener poco peso, así como antes recurrí al *Katipunan*, voy á buscar ahora para contestarle palabras de quien será para el gran autoridat: las de Eliseo Rácdas, socialista, anarquista, nihilista y anticlerical furibundo.

«Los filipinos son de los pueblos más civilizados del extremo oriente.—Geografía Universal. Tomo xiv, página 551.—Los han civilizado los frailes.»

«Pero si los filipinos están, en lo que se refiere á industria, comercio, viabilidad, por bajo de los javanés; si su desarrollo, aunque considerable, es, sin embargo, menor que el de aquellos, ocupan bajo otro respecto un rango superior: los habitantes no son ilotas mantenidos por sus amos en la inferioridad sin esperanza de redención. En tanto que los holandeses viven como en otro mundo por cima de sus súbditos, que diferentes en trajes, costumbres, idioma y religión, miran á sus conquistadores como hombres de otra especie, los españoles han acercado á ellos á los filipinos.» Estos españoles que han elevado el nivel moral de los filipinos son los frailes.

«La mayor parte de los indios aprenden á leer y escribir.—Geografía Universal. Tomo xiv, página 555.»

Y en la página siguiente agrega que «la cultura europea arastra gradualmente á los filipinos en su órbita sin haberlos reducido, como á tantos otros, á la condición de fierros, sin haberlos hecho pasar por la dura etapa del papeterismo.»

Rácdas es testigo de mayor excepción en este alegato, al que nadie podrá acusarme de traer testimonios interesados de gente allegada á los frailes. Y todavía va á ser la misma autoridad la que impugnará la afirmación de que por sostener á aquellos perdemos Filipinas, diciendo que: «Es el cura, más bien que los soldados y los cañones, quien asegura á España la perfecta sujeción de los naturales.»—Obras y tomo citados, pág. 557.

Después de esto sólo me permitiré agregar de mi cosecha, que en tanto que entre el fraile y el indio no se ha interpuesto las sociedades secretas, haciendo creer al último que de un salto podía pasar de semi-salvaje á hombre civilizado y de trabajador á propietario holgazán, allí ha habido paz.

Otra acusación lanzada contra los religiosos de Filipinas, tan gratuitamente como las demás, es la de cobardía, mostrándonos al arzobispo escapando de Manila y á sus subordinados huyendo y encerrándose como mujeres y niños. Por lo que respecta al P. Nozalea, toda la prensa acabó de enterar al público de que es falso que haya abandonado á Manila, la especie fué un rumor accorido precipitadamente, y por algunos con fruición; en cuanto á los pobres frailes, muchos han recibido la muerte en su parroquia y otros se han refugiado con los habitantes inermes de las poblaciones en

las casas fuertes. No han cogido un fusil yéndose á matar insurrectos, porque entonces los que piensan como el Sr. Blasco Ibañez los hubieran llamado trabaqueiros, pues es muy difícil acertar con quien está dispuesto á encontrarlo todo mal.

De la cobardía de los religiosos filipinos puede dar muestra el hecho de D. Mariano Gil, cura de Tondo, penetrando solo y desarmado en la imprenta del *Diario de Manila* para arrancar á sus cajistas, todos afiliados entre los asesinos del *Katipunan*, los documentos de la conspiración y las armas que allí tenían. Con este acto, pocos días antes del fijado para ejecutar la general matanza, aquel agustino salvó las vidas de millares de españoles exponiendo la suya á los puñales de los asesinos juramentados entre quienes bravamente fué á buscar las pruebas de la conjuración.

Aún hace pocos días, los periódicos han dado la noticia de que salieron de Manila unos cuantos frailes á predicar la resistencia contra los yankees y la adhesión á España. En esta época, en que tanto se abusa del ditirambo ampuloso y de los adjetivos encomiásticos, no hemos leído sino la noticia escueta, sin un comentario, sin un elogio, sin duda porque el metro heroico, que hoy se aplica al mero y estricto cumplimiento de los más elementales deberes, derrochándolo sin ton ni son, no se considera que deba emplearse con hombres que, solos y desarmados, se lanzan en medio de hordas sin freno ni ley que han jurado su muerte.

Estos son los cobardes. En cambio, cualquier día, al paso que vamos, leeremos en algún periódico el siguiente suelto:

«Ayer, á las tres de la tarde, cuando un sol ardiente y abrasador inundaba la calle de Alcalá, un cartero repartía heroicamente la correspondencia en medio de aquellos sifiosos de fuego.»

En el artículo «Lepra frailuna» se recuerdan así como con deleite los cobardes asesinados de inermes frailes llevados á cabo en Madrid á impulsos de una calumnia propagada entre el pueblo por gentes interesadas: á aquel borrón vergonzoso de nuestra historia se le llama *matanza saludable*. A vuelta de insultos, de que no hay para qué ocuparse, porque cuando habla la pasión es inútil que la razón intente contrariarla, termina el Sr. Blasco Ibañez su arrebatada diatriba expresando el deseo de que en Filipinas sean asesinados todos los frailes, y excita al pueblo español á que si regresan algunos los ahorque.

La verdad es que, presudiendo de lo poco cristiano y aun de lo poco humano de la intención, no deja de tener gracia que quien predica la fraternidad universal proclame tales procedimientos; y es notable que los que hacen á los católicos el mayor de los cargos por su falta de tolerancia no encuentren más suaves instrumentos para ejercer la suya que el puñal y la cuerda puestas en manos de ciegos multitudes.

Si son estos los progresos de la filosofía atea, medrados estamos; si estas son las conquistas de la campaña contra el catolicismo, ¡pobre humanidad!; pues hay que ser lógicos, y si los que opinan de distinto modo que los frailes creen tener derecho á hacerlos asesinar, no encontrarán reprehensible que los católicos, que lleguen á olvidarse de lo que su religión significa, entren cualquier día á navajazos en los congresos ó reuniones de librepensadores; porque tan convencidos, por lo menos, como ellos puedan estar de la perversidad de las curas están éstos de la maldad de sus enemigos.

Pero supóngase que el autor de «Lepra frailuna» llega á un pueblo y se reune con unos cuantos colegas que coinciden con él en ideas, y en pos de ellas comienzan á hacer propaganda y celebrar *meetings*; imagínese que los curas de la población comienzan á agitar contra ellos al pueblo, diciéndole que son perversos, sacrilegos y que predicán la inmoralidad; admitamos por remate que estando departiendo tranquilamente los apóstoles de las nuevas ideas, ven entrar á una turba salvaje que, sin llegar á asesinarlos, les da una buena paliza y luego entre silbidos y pedradas los acompaña hasta la estación del ferrocarril. A buen seguro que el Sr. Blasco Ibañez hablaría de barbarie, de salvajismo, del libre derecho de propaganda, de la augusta majestad del pensamiento. ¿Dónde pondrían el grito los cleróforos? Y con razón. Pues á eso conducen las excitaciones de la del artículo que combatimos: á la más espantosa barbarie, á dirimir las diferencias de criterio á puñaladas.

Al fin de este siglo de tremendo é infructuoso luchar, cuando España, desahogada y exánima, necesita del concurso de todos sus hijos para ponerse y levantarse, regenerándose por el trabajo y el orden, todo lo que queda á dividir á los españoles en banderías es un crimen de lesa nación; el pensar en tan supremos instantes en exclusivismos de secta, en sacar triunfantes personalidades ó principios discutidos, es seguir desgarrando el seno de nuestra madre España, es abrir camino á nuevas luchas que consuman la sangre de sus hijos, malgastar el sudor del jornalero honrado, que es el tesoro único que puede darnos el día de mañana una patria robusta y respetada.

Tregua á los odios que ensangantan la España del siglo xix; mueran las banderías que destrozaron y empujaron á esta nación, que há menester de todas sus energías para el trabajo.

¡Por Dios, que los albores del siglo xx iluminen, ya que no las grandezas de la patria, la laboriosidad de sus hijos y el amor entre los españoles!

José de ELOLA.

Julio, 98.

EL PORVENIR DE ESPAÑA

En medio de las grandes crisis económicas que toda guerra produce en las naciones, aun para la que resulta vencedora, cuando se trata de una que, como la nuestra, cuenta con tantos venenos de riqueza por explotar, y que si los españoles no hemos sabido apreciar lo mucho que valen, demuestra que los tenemos la codicia que nuestro país há despertado siempre en los demás pueblos, hay motivos fundados para pensar en su próximo florecimiento. Mas, si queremos que empiece para nosotros una nueva era de progreso y bienestar, es preciso que rompamos los antiguos moldes que nos han tenido reducidos á un círculo tan estrecho que entramos por las corrientes modernas, desechando las ideas rancias y las antiguas fantasmagorías que á tan funestos resultados nos han conducido, y, por último, que fijemos la vista en la industria y el comercio, factores principalísimos que tanto contribuyen al engrandecimiento y prosperidad de los pueblos.

Si la guerra con los Estados Unidos nos vá á hacer perder las colonias que nos pertenecen por *derecho propio*, no sólo por haberlas dado vici, sino por los grandes sacrificios que de sangre y dinero han costado á la madre patria, no debemos, sin embargo, malgastar nuestras energías é iniciativas á fin de buscar en esta floreciente España lo que podemos sacar de estas remotas colonias tan vilmente usurpadas.

España, tanto por su situación geográfica casi equidistante del Ecuador y del Polo, por estar surcada de ríos caudalosos que la vivifican y fertilizan, como por su clima, pues la temperatura fluctúa entre los 95° sobre 0 y los 6° bajo 0, la hacen á propósito para distraer de las producciones del Norte y del Sur, viéndose en efecto muchas que proceden de los diversos climas y de los países más remotos; así tenemos, desde los productos de los países fríos que se dan en Galicia y Asturias, hasta los de la zona cálida que se han aclimatado en la parte meridional, hallándose, entre otros, la palmera, la caña de azúcar, el algodón, el anís, etc., é infinidad de plantas *tióteras*.

Con todos estos elementos de riqueza ¡no es triste ver la penuria y escasez que reina por todas partes, y que muy cerca de la mitad del territorio español está todavía sin cultivar! Debidos son estos males á la poca importancia que nuestros Gobiernos han dado á la agricultura, industria y comercio, pero sobre todo á estas dos últimas, grandes palancas de la producción, capaces por sí solas de remover los más grandes obstáculos que de antiguo oponen la ignorancia al fomento de la riqueza, y de colocar á las naciones en situación de resistir los mayores contratiempos.

Tendamos la vista por el mundo civilizado y observemos las naciones más adelantadas que sólo deben su encumbramiento y veremos que sólo obedeció á la atención que prestan á su industria y comercio, y la protección que á estas dos ramas del saber dispensan sus Gobiernos y al interés que la juventud pone en practicarlos.

No ocurre en España lo mismo, pues como há dicho un ilustre economista, vivimos aquí, con ligera variante, en los tiempos de Cervantes Saavedra, donde las *armas* y las *letras* se reputaban como los dos únicos polos del eje sobre que giraba la civilización de España; mas si las *letras* y las *armas* son y han sido dos factores importantes de civilización, pero en su tiempo y lugar, por modo y manera justamente determinadas, no los únicos ni menos hoy los más directamente llamados á acudir rícidamente la miseria, cuando invade y amenaza aniquilar los grandes y pequeños organismos.

Aun á trueque de que nos tachen de vulgares por repetir una cosa que de puro sabida ya está olvidada, diremos que, nuestra juventud, poco inclinada por el amor del estudio hacia la indagación y posesión de la verdad, ni deseando labrar por propio esfuerzo, libremente, por modo directo y positivo, su fortuna y su día, no aspira más que á la posesión de un título que les permita ocupar cómodamente un puesto en las oficinas del Estado, sin sospechar siquiera si es perpetua y honradamente el país con el abandono de otras ocupaciones de más utilidad y valor.

Es de esperar que las desgracias que pesan sobre nuestra nación sirvan de ejemplo para el porvenir, á fin de emprender otro rumbo muy distinto del que hasta ahora se há seguido, y, desembarazando á la industria y comercio de las trabas que le dificultan, despertando el espíritu de empresa, cerrando al capital otros empleos más cómodos y lucrativos que los de las empresas industriales é instruyendo convenientemente al obrero para hacerle apto en el desempeño de su trabajo, podamos colocar á nuestra nación á la altura de las más adelantadas.—Francisco Hurtado del Valle.

Agosto, 1898.

Barbaridades

El periódico de Sagasta, la hoja oficiosa del insulso Ferreras, decía la otra noche que la *indiferencia del país* contribuía á que los yankees fueran más exigentes.

De modo que el Gobierno por un lado nos suspende las garantías y por otro nos pide que nos exasperemos para ayudarle.

En estas y las otras del día 15 estará la escuadra enemiga en España, y será la que se encargará de que se acaben las indiferencias, los que viven de ellas y los papeluchos subvencionados.—B.

DIONISIO PÉREZ

JESÚS

(MEMORIAS DE UN JESUITA NOVICIO)

III

El padre Diéguez, á quien el Prefecto había confiado mi dirección espiritual, me hizo á la hora del recreo, como otras veces, una sesión, y apenas rompieron filas los alumnos é invadieron el patio vociferando, saltando y empujándose, subí yo á la galería de las celdas donde mi confesor me aguardaba.

Era el padre Diéguez el más guapo mozo del Colegio; alto y fuerte, de andar reposado y ademanes mariposados, la frente espaciosa, los ojos negros, la nariz recta, siempre limpiísimo; tenía además la costumbre de llevar el bonete echado hacia atrás, sobre su bien poblada cabellera negra y muy rizada. Entre los alumnos se contaba su vida como una leyenda semejante á la de San Francisco de Borja. Aquel buen mozo había amado mucho en los primeros años de su juventud; su buena figura é el grajeo de su charla habían rendido muchos corazones femeninos; no hubo pudores de virgen ni recatos de casada que fuesen para él fortaleza inexpugnable, y en una de aquellas envidiables aventuras un marido celoso de su honra le retó á desafío y en él recibió la muerte. En la agonía el esposo agraviado le maldijo con tal saña y fiereza, que Diéguez, creyendo oír la voz de Dios, cayó allí mismo de rodillas, deshecho en lágrimas y dando grandes voces, declaró sus muchos pecados, de los que sentía vergüenza y contrición; todo ello con grandísimo asombro de los padrinos, quienes consignaron en el acta que ni la muerte del uno, desesperado y rabioso, ni la conversión del otro, se habían realizado de acuerdo con las inmutables prescripciones del Código del honor.

De sus tiempos de galán y aventurero conservaba el padre Diéguez una gran altívez y no poca soberbia, lo

que le ocasionaba en la Compañía frecuentes disgustos y que, á pesar de ser fogoso y muy inspirado orador y no mal poeta, le tuvieran postergado á otros padres de menos inteligencia y valimiento, estando él infeliz sometido á continuas pruebas de humildad y obediencia, algunas tan bochornosas como hacerle vestir sotanas viejas, llenas de arrugas, manchas y costurones ó impedirle que se rasurara el rostro durante tres ó cuatro semanas, con lo que su varonil belleza se hacía ridícula y ocasionaba risas y divertimento á los alumnos.

Gustaba el padre Diéguez de mi conversación y trato y yo le iba tomando verdadero cariño, porque en aquel Colegio tan grande, entre tantos alumnos y tantos sacerdotes y hermanos y sirvientes sólo él sabía decir cosas que llegaban al corazón y aliviaban la monotonía de aquel estudiar, rezar y comer inacabables. Muchas veces, en su celda, con la voz trémula y los ojos llenos de lágrimas, me habla dicho:

—Feliz tú, Jesús, hijo mío, que desde pequeño te consagraste al servicio de Dios y serás jesuita sin ser hombre antes, sin haber rodado por el mundo y sentido sus delicias y luchado en sus combates, donde la victoria y el vencimiento hacen gozar igualmente á los espíritus bien templados.

Y luego, como si este desahogo le avergonzara, se cubría sus lágrimas, sonreía, cambiaba el tono de su voz y hablábase de los negocios de mi espíritu; me enseñaba nuevas oraciones, trisagios, novenas y florilegios; me preparaba lentamente para hacer los ejercicios de San Ignacio; discutíamos algún punto de moral y se reía mucho de mi ignorancia en ciertos pecados, si gratos á Satanás, los únicos que hacen creer á la Humanidad en Dios y la obligan á buscar en el cielo amores más puros y dulces que los terrenos y carnales.

Nunca el padre Diéguez había pronunciado delante de mí, ó á ser su charla muy libre y mundana, palabra alguna de queja ó censura de la Orden. Estaba amarrado á la Compañía por una verdadera contrición de su vida crapulosa y en el fondo de su alma lataba perennemente aquel trágico horror de la agonía del marido burlado y sus maldiciones; pero aquel día, apenas entramos en la celda desatóse su soberbia y rompió su amor propio todos los diques de la conti-

nencia ficticia y convencional en que vivía encerrado.

—Jesús, hijo mío, me ahogo... Mi fe y mi resignación son débiles para soportar esta pesadísima carga de afrontas y humillaciones... ¿No has visto el menosprecio con que me tratan los padres? ¿No te há fijado en la sonrisa burlesca y miserable con que el padre Gil me saluda? ¿No sabes que el rector y el prefecto me tratan como á un chiquillo, privándome hoy del postre, mandándome mañana no salir en todo el día de la celda, ordenándome, en fin, que me pele al rape, como si nuevo Sansón, yo llevara el pecado en los cabellos... No, esto no es virtud... Esta mutilación de la voluntad es la negación de Dios... «Humillados y seréis salvos», me dicen... ¡Falso, falso, hipocresía!... Dame el libre albedrío, y si soy bueno y justo, Dios acogerá mis virtudes y perdonará mis faltas...»

Estaba excitadísimo; tenía los ojos inyectados en sangre y la voz tartamudeaba en sus labios; con los vigorosos puños se golpeaba el pecho y los alzaba luego amenazadores...

—¡Ah! Sobre todo el padre Gil, que hace de la religión un timo y ha convertido la otra vida, sublime y eterna, en un cartucho de perdigones... Pero, tú ¡no lo sabes!... Quién te há traído aquí, sino él, en prenda de la herencia de tu tío... ¿Es que así toma la Orden novicios de siete años y se encarga de mantenerlos y educarlos gratis, cuando su voluntad virgen no puede revelar una verdadera vocación?...

Le oía y le miraba yo aterrado, deseando que se calmara y me hablase como siempre, dulce y cariñoso. Sentía en el pecho una grandísima opresión y respiraba fatigosamente...

—¡Ah, el padre Gil, el bueno, el virtuoso, el jesuita modelo!... Es su voluntad, no la de Dios, quien permite que el viento mueva las hojas en todos los árboles del contorno! En nombre de Jesús, con el señuelo del perdón de los pecados, dando pólizas de seguro sobre la vida eterna, se va apoderando de la comarca, dominando todos los espíritus, sujetando todas las voluntades... Aquí desde los criados, allá aleja los hijos, en esta casa rompe el bien fundido lazo de antiguas amistades y en la otra apaga los honrados apetitos de un matrimonio joven en cuyo lecho el amor

recostaba frecuentemente su linda cabeceita... A este abogado, al otro médico le deja sin clientela porque son liberales y entrega pleiteantes y enfermos indefensamente á leguleyos y curanderos, que en vez de estudiar, se postean en su confesonario y son sus espías... Para juvenuelos anémicos y gastados crea la Congregación de San Luis Gonzaga; para las niñas calculadoras, capaces de todas las abominaciones, menos la del escándalo, tiene los cintajos y medallas de la Purísima; para los señores venerables, padres de familia, defensores de la sana moral, que aborran á escondidas el precio de cada nueva venta en el mercado de blancas, está la Asociación de San Ignacio; para el trabajador explotado crea el Centro obrero; para todos, en fin, el Apostolado de la Oración donde, como en las sociedades secretas, se divide á los católicos en grupos de 10 ó 20 y se les da un celador que gana el cielo expandiendo el cumplimiento de los deberes de los demás... Y tú, Jesús, hijo mío, ¿crees que esto es religión? No, miserables, no. Es esto la explotación de la religión, convirtiéndola en cosa mundana, en un entretenimiento más, que como el baile, el paseo y el teatro rompen la monotonía de la vida y son motivo de vanidad y de pecado. En estas Congregaciones y Apostolados se metidiza el culto y se trueca la oración en vana palabrería que va de la memoria á los labios sin tocar el corazón. No te confiesas cuando el recordamiento te entristece y acongoja, sino un día fijo y á hora fija, acompañando el novio á la novia y el amante á la mujer, haciendo del augusto sacramento un nuevo medio de pecados.

—Tal cosa, no la digas.

—¡Cómo!, responde ella. ¿Y si me pregunta? Y aun preguntando, es sacrilegio ocultar el pecado...»

Y el macho, con cinismo brutal, la interrumpe: —Bien, dílo. Te lo aconsejaba por tí. Después de todo, yo no he de ser quien se ponga colorado.

Enrojece ella y mira trémula y avergonzada al novio ó al amante. Este la tranquiliza con frases mimosas y entrecortadas, y en el pórtico mismo de la iglesia, al darse el agua bendita, á media voz, más con los ojos que con la boca, se prometen el silencio que garantiza la continuación del pecado. Esta es, ésta, la domina-

ción de Jesús sobre la tierra, ésta la religión que hacéis.

No había concluido el padre Diéguez, cada vez más excitado, la última frase, cuando se abrió la puerta de la celda y apareció en el dintel el padre Prefecto, rígido como siempre, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nos miró friamente, á través de sus gafas de miopo, viendo la zozobra mía y la turbación de mi confesor, y permaneció un buen rato sin variar de postura ni decir palabra.

Al fin, muy secamente, marcando mucho las palabras:

—Sois incorregible, padre Diéguez—dijo.

—¿Lo habéis oído?—preguntó éste.

—¡Todo!

—¡Todo!—repetió Diéguez iracundo.—¡Todo! Pues bien, todo está dicho y todo pensado y sentido aquí en el alma y el corazón, donde la verdad nace, donde Dios la le, donde el fingimiento es inútil.

Cayó el desventurado en un sillón, que en su celda había por único asiento, y rompió á llorar desconsoladamente.

El padre Prefecto me mandó salir, me condujo á su despacho, donde con

za. El «extraordinario» que oigo vocar por las calles me espanta: ¿será una victoria?, ¿será una derrota? Y corro á la Bolsa y el tormento allí es aún mayor: las noticias más contradictorias se suceden sin darse un punto de reposo; quiero cortar la operación y el vértigo de las contrataciones ofrecidas y rechazadas lo impide. Salgo del terrible edificio y la intranquilidad me persigue y me acosa sin piedad y sin tregua.

La exorbitante utilidad que en estos últimos tiempos daba el papel, merced á la combinación ingeniosa de las pignoraciones, ha atraído á la Bolsa una gran parte de la riqueza pública; el patriotismo de que tanto se habló cuando el empréstito no era tal patriotismo sino pingüe negocio. Los quebrantos que éste ha sufrido están en razón inversa con las utilidades de ayer. Los que hace pocos meses cobraban sin trabajar enorme renta, hoy hállanse al borde de la miseria. No son, pues, de extrañar, las queiebras, las fugas, y hasta los suicidios de estos últimos días.

No hay mal que por bien no venga. Quizá esta durísima lección que las almas buenas miran compasivamente, sirva para que el dinero que antes se empleaba casi totalmente en arriesgadas operaciones bursátiles busque ahora mayor seguridad y ganancia más noble en la industria, en el comercio y en general en el trabajo.

Los frutos de éste son siempre más sabrosos que los del agio. Los mismos quebrantos que la mala suerte nos causa destruyendo ó arrebatándonos lo que hemos adquirido con labor honrada, no nos sorroja ni nos humilla. La ruina y la miseria no nos envilecen entonces. Y cuando con más furia nos combaten, el hombre, según Schiller dijo en versos inmortales:

vuelve los ojos por la postrera vez á los despojos del esplendor pasado y el bastón coge luego del viandante sonriendo tranquilo y resignado.

ZEDA.

GERMINAL

Ha llegado la hora de la rehabilitación. No miremos el pasado, tomemos el presente de punto de partida y empecemos con ánimos la gran obra de la rehabilitación de nuestra España.

Fuera las antiguas rutinas, abajo los convencionalismos y los obligados rodeos de hoy. El régimen presente ha llegado á dar sus últimos alientos, y es menester que de éstos surja la grandeza nueva y real de nuestra patria.

Es la gran obra de los que somos jóvenes y tenemos iniciativas y energías propias y nuevas. Y á hablar de jóvenes incluyo los que, sin serlo de cuerpo, tienen el espíritu rejuvenecido, porque, ¿cuántas veces se suela ver un alma joven dentro de curcómico cuerpo!

Todos, todos los que así sentimos unánimes bajo la misma bandera, y sin otro afán que el bien de España empecemos á darla nueva vida. Que el trabajo la redima de sus desgracias y la confianza en sus esfuerzos propios la conduzca á tal fin.

Abajo y abajo para siempre los charlatanes de política, los charlatanes de proyectos, los murmuradores del régimen. Abajo lo antiguo, lo que al cabo de tanto tiempo no conduce á «esta situación». Abajo lo que no quitémos más que sus cenizas para que sirvan de recuerdo y ejemplo.

Políticos, charlatanes, empleados pedantes, oradores de café y aun de Congreso, vividores que á costa de la nación viven, ¡abajo todos!

Surja la España del trabajo, la España emancipada, vivan las industrias, las artes, la agricultura, todo, todo lo que es vida, lo que es trabajo, lo que es redención. Que nos gobiernen y manden quienes títulos y méritos tienen para ello, no quienes á fuerza de intrigas postergan todo á su conveniencia. Así tendremos fe en sus ideas, en sus esfuerzos y en ellos.

Redúzcanse las trabas á la riqueza nacional, reverenciamos al agricultor que con sus esfuerzos nos proporciona el sustento diario; al industrial, que nos viste y da vida; al comerciante, que nos enriquece y da preponderancia fuera de España; al artista y al científico, que con su trabajo é inspiración nos da fama y ennoblece. ¡Llor á ellos! Estos serán los hombres del mañana, no la interminable catifa de vividores que nos chupan la sangre y nos desahucian.

Analizad el esfuerzo de la nación y ved quiénes son dignos de ella. Sólo el trabajo nos puede redimir y ponernos al nivel que debemos tener. Por eso la juventud de cuerpo y de espíritu debe de cargar con estos ideales y exclamar poniendo mano á la obra:

JOSÉ DE LAUGI.

La vara de medir

Ante el victorioso y conquistador general Shafter apresuráronse los comerciantes de Santiago á recordar el cambio de bandera sufrido por la plaza, negándose á satisfacer los derechos de Aduana con arreglo al Arancel español. Indignó el hecho á los periódicos que ofician de patriotas. Compartamos por una vez su indignación.

Tal sentimiento subirá de punto si recordamos que tan cautos tenderos formarían hace dos meses en las filas de aquellos batallones de voluntarios tan belicosos frente á los cubanos, cual acomodaticios frente á los yankees dominadores.

Nuestra indignación llegará á la cadera si pensamos en que de comerciantes se formaba aquel partido titulado español incondicional (sic), á quien tantas lecciones de patriotismo debemos los españoles de aqueñe el Atlántico. Cuantas veces hemos hablado de liquidar el problema cubano ó de solucionarlo por medio de una transacción, nos han replicado «los almacenistas evocando los manes del Cid y de Pelayo. Y se han dado tal maña en reforzar sus patrióticos ditirambos con buenas amistades políticas y periodísticas, que gracias á ellos no saldrá España de la grande Antilla de una manera indignamente humilde, sino con la pompa de una heroica y gloriosa hecatombe.

Nuestra cólera se trocará en furor si advertimos que de todos los culpables de la cubana insurrección el mayor es el egoísmo del comercio. Busquemos tras el fenómeno político el subterfugio económico. Lo político es lo aparente, pero también lo secundario. Basta para explicar una revolución política en América la existencia de una banda de aventureros hambrientos de dominio; pero en Cuba se han sublevado con los aventureros los hombres de trabajo, colonos y hacendados, guajiros y menestrales, y no podemos conformarnos con esa explicación.

Hemos visto luchando en Cuba, de un lado, todo el campo; del otro, todas las ciudades: alzóse la tierra contra el mostrador. ¿Por qué? Porque en virtud de una absurda ley Hipotecaria, de la influencia omnipotente del comercio sobre los poderes y los tri-

bunales de justicia y de la masonería de los comerciantes, que triplicaba el precio de las subsistencias, y por ende el de los salarios, no quedaba en la isla una mata de tabaco, una planta de café ni una caña de azúcar sobre la que no se cerniera, amenazadora, la mano del tendero prestamista. Cuanto producía aquella tierra, pródigo como un dios, era absorbido, tragado, pulverizado por las reivindicaciones de los intereses. En vano el agricultor cubano mejoraba los procedimientos de cultivo y extracción, inundando la isla de millones de máquinas. Su vida, lo mismo la del poderoso que la del humilde, la del dueño de un ingenio central que la del más ínfimo sitiero, se ha arrastrado, á semejanza de la de un héroe de Sndermann, de plazo en plazo, cual la de un presidiario, sujeta al grillete de las hipotecas, que se agranda de día en día ante los ojos preñados de angustia, que infunde por las noches espantosas visiones en los sueños, hasta que aplasta con el peso de su mole gigantesca.

¡Bien podían los comerciantes mostrárenos patriotas! Nosotros defendámos en América un ensueño, una utopía, y los ríos de sangre que allí enviábamos, encauzados entre montañas de oro, servíanlos para consolidarse en el manejo lucrativo de su rara de medir!

¡Y esa vara, incondicionalmente española, se estira en la hora del desastre para convertirse en una yarda americana!

¡Justo castigo á nuestra cándida ignorancia y confiado romanticismo!

RAMIRO DE MAEZTU.

¡Curanderos!

A todos los hombres políticos de los partidos monárquicos ha llamado Sagasta. Es una consulta. La nación se muere, y la familia que la secuestró y la hizo pasar tanto, llama ahora á junta de médicos.

Con sus remedios caseros y modos de curar á la antigua llevarán ellos mismos á la nación á la muerte... Sangrías, sanguijuelas, baños templados, dieta; ¡oh, sí, dieta y sangrías! Eso fué lo que nos recetaron desde hace cuarenta años.

¿Y ahora van á salvarnos de la muerte? ¡Fuera, fuera intrusos! Un médico, uno solo, en vez de tantos veterinarios.—E.

La iglesia de los ricos

Querido San Lorenzo para que mostrase los tesoros de su administración, presentó al avaricioso prócer un gran número de pobres, diciéndole: «He aquí las riquezas de la Iglesia.»

A petición semejante podría enseñar la Iglesia española, fin de siglo, muy diferente acervo de fincas, algunas ocultas; papel del Estado, tierras, censos y capitales procedentes de capellanías sin capellanes y de manerías piadosas olvidadas, que son el patrimonio de San Agustín, San Bonifacio y otros obispos antiguos, hicieron vender las alhajas de los templos en épocas de gran penuria, y se indignaron de la oposición hecha á su largueza por algunos feles de espíritu mezquino.

Ahora los templos guardan enormes montones de oro, plata y pedrería riquísima, que han visto, escondidos como el ratón de la fábula, pasar guerras, epidemias y hambres tan aterradoras, que las multitudes caían exánimes ante las imágenes sacadas en rogativa; sin que por esto les ocurriera á los obispos vender un solo copón de los sobrantes; y eran ya los feles los que se indignaban y los obispos los que se oponían á la idea sola de una liquidación caritativa.

Tenemos también abundancia de efigies, casi ocultas por rígidos parapetos, más que vestidos, de pedrería y filigrana, ó cubiertas en algunos días con mantos de terciopelo y oro, valuados en millones.

En esos templos y ante esas imágenes, ó mejor dicho, fetiches, pues á ningún ser celeste se parecen, nos predicán la pobreza, la renuncia de los bienes terrenales y la resignación ante la miseria, obispos vestidos de púrpura y de encajes, con pectorales y anillos de oro fino que encuadran amatistas y brillantes de gran tamaño y coste. Un coche los espera á la puerta para conducirlos al palacio en que viven mejor que príncipes.

Su elocuencia es grande, las palabras muchas; su caridad pequeña y escasas sus limosnas de perros chicos y mendrugos, que distribuye con malos modos el lacayo, mientras el señor departe con su agente de bolsa acerca de la alza ó baja de los fondos.

Antes el monaquismo repartía una bazofia nauseabunda; ahora se ufana diciendo que socorre al pobre en los asilos. Pero en estos, los verdaderos asilados son los frailes, beatas y capellanes que están gordos, y los pobres, flacos; aquellos recogen la carne, y éstos, chupan los huesos. ¿Y quienes sostienen esos establecimientos, tan parecidos á prisiones? ¿El alto clero? ¿Los religiosos? ¿Roma? No; los feles seculares, los Gobiernos y el público; es decir, la Iglesia oyente y dirigida, no la directriz y docente: esa toma vispera, pero no da nunca.

Jesucristo dijo: «Venid á mí los pobres, los que padecéis; á ellos he sido enviado: todos son hijos de mi Padre.» Se dice que en el templo como estamos ante Dios, todos somos iguales; más ¿para quién se abre principalmente el templo? Para el rico. Para él suena el órgano en los bautizos y se engalana el altar en las bodas; para él canta la salmodia y gime la orquesta con acentos de ópera seria en los funerales santuosos. Él manda allí, está en su casa, y el pobre estorba, es un extraño; se le administra de prisa y corriendo y se le trata con desdago; dándole tan sólo aquello que es indispensable, porque todo lo restante y es lo más, tiene precio, reservado al rico.

Una Iglesia que está siempre pidiendo para sí misma, nunca satisfecha, y además se vende, lógicamente ha de tratar al comprador según la entidad del precio y graduar por éste la solemnidad de la oración, como si fueran tantos los dioses cuanto los renglones del arancel; ó las maneras de pedirles mercedes á uno solo, tantas como los grados de la fortuna.

Antes perdonaba al magnate fundador de templos las mayores abominaciones, dejando al pobre purgar simples delitos en la hoguera. Hoy vende el Pontificado, según tarifa, títulos de nobleza á los especieros, condecora á los Rostchid, y, adigüendole con amargos sinsabores, pone en el índice al ferroviario Lassere, el mejor obrero de esa mina de Lourdes, de donde también lo arrojaron los frailes que la explotan.

Así como Dios, el Papa es nuestro padre común,

pero pedidle una dispensa y la obtendréis gratis siempre, sin más diferencia que ésta: si sois rico, os costará el dinero, y si no, también, ó no la obtendréis. Con cansa y verdadera necesidad, pero sin moneda, os la negarán; sin cansa y con dinero, nunca.

Ahora mismo la Nunciatura de Madrid ha casi duplicado la tasa de sus aranceles, porque aun cuando está en España y su Gobierno la mantiene, aunque no es francesa, sino italiana, cobra en francos, más caros que las liras (uada de liras). ¡Ah, pobre España! ¡Cuánto la ama y llora León XIII sus desdichas...! Pero los francos están á setenta con veinticinco.

Volvamos al templo. Hay una función en la cual todo rebosa riqueza y parece repeler al pobre: paga una cofradía rica. Los sillones cerca del altar, para comodidad de los primates; los escaños para los cofrades con levita; si asiste el rey, ocupa en el presbiterio un dosel más alto que el de Dios... Las señoras llenan los estrados. Va á entrar un pobre y —¡Alto!, le grita un ángel! no se puede pasar sin papeleta: atrás, digo...

—Pero ¿no han tocado las campanas llamando á todos á la misa? —Ustedes por la otra puerta.

Y por la otra puerta se va al último rincón de la iglesia, obscuro, sucio, sin bancos, estrecho y expuesto al aire colado, como diciendo al pobre: no estás aquí, mira esa concurrencia dorada, mira cómo los chicos de la cofradía llevan del brazo á las damas hacia sus sillones numerados... oye cómo el predicador, que no ha tenido una palabra para ti, pide ahora á Dios en stíplica declamatoria por los que costean estos cultos. Preguntá á ese monaguillo, que pasa atropellando pobres, por qué no sale ya la misa de once que esperas, y te responderá mirando con desprecio: «esperen ustedes, que aun no ha venido el que la paga.»

El pobre ve que el rico es llevado por los curas al elegante mansoleo y á él lo conducen solito en un mal carro al hoyo grande, ¡sepultura de misericordia! como dice el clero de Madrid.

Por eso cuando la entrada es franca en la iglesia y no hay terreno acotado, veréis sin embargo, á muchas mujeres, pocos hombres y casi ningún obrero. La blusa estorba, lo sabe y se va al club ó á la taberna. En vano León XIII y de orden suya, bien que con mala gana, el clero ha empezado á tratar cuestiones sociales, para atraerse al proletariado. Es ya tarde, muy tarde, le han conocido el juego. Ven que hay funciones especiales para pobres, misiones para criadas, después de las destinadas á señoras. ¿Es pobre un pueblo? Pues cura ignorante y óvicio que se adiestre allí como in anima viii. ¿Es rica la gente? Pues una empuñada, ó el soborno del obispo.

¡Ah!, no; esa no es la iglesia de Cristo y de los Apóstoles, ni de ese modo se resuelven problemas sociales por el Evangelio, predicado para los pobres por su divino Autor. Lo ha dicho el católico Drumont: «Los curas y los obispos metidos en la cuestión social? ¡Infelices! ¿Qué saben ellos de eso? ¿La han podido acaso resolver entre su misma clase? Una cuestión los ha cogido de sorpresa... arrodillados en las anticámaras de los ricos.»

Como que para ellos solos ha quedado la Iglesia.»

Pío QUINTO.

Saldo en contra

Se que las cuentas de mi amor reparas y afirmas: que me debes atenciones... que dice tanto por ti... que has traiciones que debí castigar, pagué muy caras.

No te ofusques, mujer; las cosas claras: Ni yo de ti lealtad me hice ilusiones, ni me arminé por ti tuéstras pasiones sólo para el placer fueron áyaras! Si abres á nuestro amor onentas corriente y cotizas los besos que me has dado, resultará de saldo en contra mía, uno... dos... ciento.—¡Sí, precisamente! Un millón que contigo no he gastado, ni lo pude gastar. ¡No lo tenía!

J. JURADO DE LA FARRA.

¿Son militares?

Se ha dicho y repetido que los yankees no tienen espíritu militar. Con gran sensatez un periódico sacó á reducir cierto discurso en que el ilustre general Prim, hoy más ilustre y venerado que nunca (¡oh temporal! ¡oh mores! ¡oh tiempo de los moros y de la guerra de África!), profetizaba con adivinadora vista cuanto ha sucedido hoy en la guerra. Antes que Prim ponderara el espíritu militar de los yankees, el amesuisimo Laboulaye, en su Paris en América, decía:

«Batallones armados marchaban por las calles al sonido de clarines y tambores. A mi puerta hallé un regimiento de zuavos, formado por los voluntarios del barrio. Habían hecho montar en un caballo blanco al viejo general Saint John: el valiente veterano olvidaba su reumatismo y sus heridas para conducir á los jóvenes al combate. Al lado del coronel, Rose en traje de capitán marchaba acompañado de sus ocho hijos y de cuatro jóvenes hijos de Green. No era un soldado de profesión, sino un ciudadano decidido á morir por su país.»

El grito de ¡viva la unión! ¡viva la patria! fué repetido en todas las filas. —¿Qué pensáis, coronel,—pregunté—de esos regimientos improvisados? El entusiasmo es muy bello, pero ¿qué viene á ser al lado del ejército y la disciplina? A pesar del valor de esos buenos jóvenes, temo que se desbandarán á la primera descarga.

—Paciencia—respondió el veterano.—Dos meses en los fuertes de nuestra capital cambiarán á esos voluntarios en soldados. La disciplina importa mucho sin duda; pero es un oficio que está al alcance del más ignorante. Llegar no puede infundirse es el corazón, la fe y el amor á la patria. Eso es el resorte supremo, por más que digan otros militares.

—Dispensadme: pero yo creo que lo mejor es tener viejos soldados. —En una revista ó parada podrá ser: pero en la guerra sucede otra cosa. Para marchar sin quejarse, para obedecer sin murmurar, para arrostrar el peligro, nada como la juventud. —No tenéis generales... —Tranquilizad: tendréis generales y más de los necesarios. La guerra es como la caza, un oficio en que ciertas personas sobresalen desde el primer día. Un hombre que es hoy háterro, abogado ó médico, mañana en el campo de batalla se convertirá en general. Abrid la historia: hay épocas estériles en que mueren las letras; nunca mueren los soldados.

LABOULAYE.

Españolerías GARGANTES

Inundaciones en Castilla y en Alcoy catástrofes. Luego se dirá que Dios no nos quiere ayudar al pago de las contribuciones de guerra.

Bonita historia del viaje de un tren expreso en nuestra España.

El tren expreso, de lujo, que pasa de los calores africanos de Madrid á las frescuras dulcísimas de San Sebastián tan sólo con quince horas cortas de viaje (en cinco recorren distancia igual ó mayor los trenes de nuestros buenos amigos los yankees) salió el lunes, como todos los días, de Madrid á las ocho en punto de la noche. Es decir, con exactitud digna de una corrida de toros. Veán ustedes ahora las cosas que le sucedieron á ese tren:

Al salir de un túnel próximo á Avila, primer tropozón. Derregado, coqueado, midítico y atáxico, el lento expreso recorrió entre si me caigo ó si no me caigo, obra de dos ó tres kilómetros.

Segunda función. Llega el tren á Venta de Baños y se halla, ¡oh, sorpresa!, con que la tan desacreditada llanura de Castilla, la cantada en todos los tonos por el Sr. Núñez de Arce cuando no se daba tanto tono, el desierto de Sáhara, árido, terroso y archireseco, habíase transformado en profundo y hasta removido Océano. ¡Como sonaban esos nombres castellanos tan propios de la tierra castiza nuestra, vocados y oídos en medio de aquel improvisado mar! ¡Magas le Bains! ¡Torquemada New Port! ¡Aguilarejo Corcos sur Mer! El tren embarrancó en la Cañanera de Palencia, y allí se estuvo ¡diz y ocho horas! parado. A todo esto, la Compañía de ferrocarriles bañándose, no en Aguilarejo Corcos sur Mer, ni en Matapozuelos-Trouville, sino en agua de rosas.

A todo esto, y cuando los viajeros del expreso se disponían á transformar los vagones en casetas y lanzarse al mar; cuando soñaban, como el personaje de López Silva, con irse á la Concha de San Sebastián y darse

un paseo ú dos ú tres si es que ties necesidad, á fin de que las ardiñas te se queden bien sentás en el órgano,

cuando la estación de Venta de Baños era ya una estación balnearia en el verdadero sentido de la palabra, salió por fin el tren malhumorado y patidambó.

Escena tercera. Parada del tren pasado por agua y descanso de los comodores de la línea del Norte.

Escena cuarta. Cerca de la estación de Torquemada se origina un choque espantoso. Gracias al maquinista puede evitarse una catástrofe. Gritos de viajeros, luces que van y vienen, etc., etc.

—¡Bueno! ¡Se ha acabado ya? —¡No, señor!

¡Lisardo, en el mundo hay más!

Escena quinta, de madrugada. Los viajeros de Vitoria. El tren se detiene otras tres horitas porque al telegrafista de la estación inmediata le ha venido en garra dormirse sobre sus laureles (léase aparatos).

En fin, después de ¡cuarenta horas! de viaje llegan ustedes á San Sebastián, dudando si sus huesos están en su sitio, y su estómago en la cavidad correspondiente y su paciencia en el inagotable depósito que debe tener todo español de tal virtud si quiere ser justo, benéfico, etc., etc., como manda la moral.

Total: un choqas, un resbalón, una inundación, dos paradas, un embarranón y cuarenta horas de viaje para ir de Madrid á San Sebastián. Y luego dirán que los españoles no somos héroes. Y que es más meritorio viajar por España que defender á Guantánamo ó á Ponce.

Transformaciones geográficas. Hemos perdido el mar de las Antillas. En cambio hemos ganado con las últimas inundaciones los mares de Palencia y los Océanos de Villamediana y Magaz.

Sobre la paz. Para el Sr. Sagasta es un in pace sin salida. Para el jerezano Duque de Almodóvar ¡A la paz ó Dios!

Para los comilonos futuros del presupuesto el Hotel de la Paz. Para el país La paz de los sepulcros.

S.

Prendas diplomáticas

Según la fe de Manuel de Palacio, el Sr. Duque de Almodóvar se opone á que entren en la carrera diplomática los muchachos que no marchen bien de prendas de vestir.

¿Qué revelación! Ya sabemos qué prendas son las que le han dado al Duque de Almodóvar la cartera de Estado.—N.

La prensa española

Para Luis París en VIDA NUEVA

Querido Luis: Paseaba yo hace unas cuantas noches con nuestro compañero Dionisio Pérez, y hablando de lo ocurrido en la primera reunión celebrada por los directores de periódicos para buscar el medio de proteger de la censura previa, ampliamos el tema y reayó la conversación sobre el estado general de la prensa española, en pasado, presente y porvenir.

No estuvimos de acuerdo (cosa natural entre los del oficio), y por eso, en vez de decir conviniómos, diré que nos ocupamos en divagar acerca de los periódicos, hasta que fué fundada La Correspondencia de España; desde que se fundó La Correspondencia hasta que comenzó á explotarse el reporterismo sensacional; y, por último, desde que cedió la información local su preeminencia á la información telefónica, que, en mi concepto, por el mal uso y el abuso de no transformarse, lavar pasadas culpas y demostrar mayor ilustración y rectitud de miras en los que la practican y utilizan, está llamada á desaparecer por orden superior de su majestad el público.

Yo, que tengo fe inquebrantable en las leyes del progreso y de la perfectibilidad humana, juzgo la mejor base de la moralidad, riqueza y poderío de los pueblos, la cultura de sus habitantes, y entiendo que, ayer como hoy, la causa de nuestras desdichas todas, la razón de que no exista opinión pública y de que la prensa no responda (ni haya respondido jamás) á su misión social, estriba en el atraso intelectual, en la escasa ilustración de nuestro pueblo, del cual—claro está—salen políticos y artistas, periodistas y comerciantes, literatos é industriales, capitalistas y obreros.

Muchas escuelas de instrucción primaria, agricultura, artes y oficios, etc., y mejores profesores y planes de enseñanza, contribuirían seguramente más á la regeneración de nuestro decadente país, que la tan solicitada dictadura de hombres civiles ó militares á quienes por su fama de crueldades inflexibles traemos y llevamos á diario en la prensa, habiendo quien los presenta como panacea milagrosa de los males que padecemos, como única tabla salvadora á que podremos asirnos en el naufragio que por propias y ajenas culpas nos amenaza.

Desde que el periódico se limitaba á reproducir noticias oficiales, novelas y versos, hasta que el talento práctico de D. Manuel María de Santa Ana lo convirtió en «correspondencia pública», reflejo del pensamiento de todos, eco de cuantos querían aprovecharse como tornavoz de sus palabras; y desde que la insipidez de la noticia sin comentarios y el abuso del suelto obscuro, de una parte, y de otra la pesadez de los artículos kilométricos, en el fondo casi siempre iguales, la falta de sinceridad y la sobra de apasionamiento que informaron los órganos de los partidos, dieron lugar á que se idease explotar al público novelesco crimenes é inventando interveues políticas, la prensa española no ha hecho más que dejarse influir por la extranjera copiándola sin tener en cuenta condiciones de lugar y tiempo, la calidad de los lectores ni la cualidad del escritor.

Falto de preparación nuestro público; no acostumbrado á discernir por cuenta propia en los asuntos de general interés; sin elementos para juzgar, ni hábito de discutir, aceptó gozoso y con entusiasmo la innovación (por serio), y hasta que se ha desengañado algo, comprendiendo en ciertos casos el timo de que era víctima, tomó por artículos de fe cuanto los periódicos decían; pensó por cuenta del diario á que estaba suscritor; esperó (y espera aun gran parte del país) á tener opinión sobre los hechos y concepto de las cosas á que por cinco céntimos se la serviese cotidianamente el carterero en provincias ó el repartidor en Madrid.

Y como las empresas no han sido nunca escrupulosas al elegir las redacciones ni al depurar los informes; como los periódicos se fundaron y por regla general siguen fundándose, no para servir al público ó á los partidos, sino para vivir á costa de unos y de otros, de aquí que su misión fiscalizadora adoleciese de escasa autoridad, la imparcialidad brillase por su ausencia y las energías dependiesen de quien pagaba ó pagaba.

En los periódicos representantes de alguna agrupación, los jefes y personas de mayor significación en ella sólo escriben cuando á sus intereses particulares conviene.

En toda la prensa—salvando pocas, pero honrosas excepciones—sus redactores son producto de la recomendación, expiación del vicio, ó ostrujamiento de la necesidad; muchas veces asilo de vagos é ineptos para el ejercicio de otra profesión, desechados de las aulas, aspirantes al fondo de los reptiles, del cual logran disfrutar ó no, según la suerte, aptitudes é influencias de cada uno.

¿Qué masas habían de formarse con la lectura de periódicos así redactados? Las que se formaron. Masas que cuando no había ferrocarriles, telégrafo ni Mansas; cuando no llevábamos veinte años sujetos á un régimen de soborno, de compra-venta de concenencias, hipotecando la seriedad y la honradez para obtener títulos nobiliarios ó de la Deuda, grandes cruces ó productivos empleos, creacionales de 3.000 pesetas ó plazas de barrenderos y amas de cría honorarios, se dejaban seducir por las ofertas de regeneración económica, libertad y progreso, y daban lo que en aquella época España podía dar: conspiradores. Sangre generosa en las barricadas, dinero para sublevar gentes y fósforo para incendiar edificios simbólicos y retratos de personajes odiados.

La masa neutra entonces puede decirse que no existía; vino después con los desengaños, la entronización del caciquismo y la carencia de fe en los ideales, no compensada con el propósito de buscar el verdadero lado práctico de la vida en el trabajo y la aspiración tenaz y reflexiva al mejoramiento material.

Hoy á esta masa neutra ni la importan las guerras, ni la nacionalidad, ni las formas de Gobierno, ni el poder colonial.

Los ricos sólo creen debe preocuparles (y creen mal) que el cupón se pague; los pobres trabajan si tienen dónde, y comen si tienen qué; muchos ni aun de esto se preocupan...

Si al popular fósforo, producto químico y vehículo revolucionario, le hubieran completado políticos y periodistas con previsiones humanas, democráticas, verdaderamente patrióticas y desinteresadas; si no se hubiera tendido á engañar al pueblo, en vez de mejorar su condición, ilustrarle y hacerle digno de gobernarse, de dirigido habría pasado, con razón, á director, y de él hubieran salido gobernantes y patriotas verdados; una prensa sincera, independiente en sus juicios y libre de crisis tan lamentables y justificadas como la que en la actualidad atraviesan las más importantes publicaciones españolas...

La divulgación, mi querido Luis, va resultando muy latosa, y no he tocado todavía los puntos específicos é interesantes.

Hago aquí punto, y si me lo permites, continuaré en el próximo número.

Tuyo, SIXTO PÉREZ ROJAS.

LA ESPADA DEL POETA

Evuidiosos, ingratos y traidores, mujeres sin pudor y sin ternera, proceres de la infamia y la bajeza; jalmas muertas á todos los amores! excitad del poeta los clamores, que en estrofas de olímpica grandeza, al cantarlos, castiga su vileza de la inmortalidad con los honores.

¡Oh, espada bienhechora y escroscanta que á su golpe benéfico levanta hasta la humana escoria maldicida! No es criminal tu acero ni inhumano, pues semeja al del hábil cirujano, ¡que al herir no da muerte sino vida!

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

¿Qué consultai!

¡Llamar á consulta para salvar la situación á los que nos han traído á esta situación! ¡Querer resolver el problema de la vida y muerte del país con diez ó doce vejeterorios que se han comido al país en cuarenta años! ¡Esto va muy bien, pero muy bien! Sagasta hace más con sus senilidades por el porvenir de la nación que todos los revolucionarios. Y se le ha olvidado consultar á Mella. ¡Ingrato!